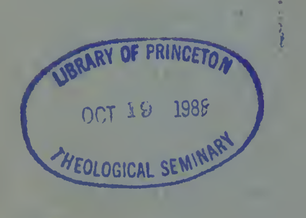
DATOS HISTORICOS

DE LA CONGREGACION DE H. H. DOMINICAS VENEZOLANAS DE LA CARIDAD DE STA. ROSA DE LIMA.

UNA HERMANA DOMINICA.



MERIDA 1945


LIBRARY OF PRINCETON
OCT 19 1988
THEOLOGICAL SEMINARY



Datos Históricos

de la

Congregación de H. H. Dominicas venezolanas de la Caridad de Sta. Rosa de Lima.

UNA HERMANA DOMINICA.



EDITORIAL "MULTICOLOR"
MERIDA
1945

Imprimatur:

+ *ACACIO CHACON*

Arzobispo de Mérida

Prólogo

A continuación leeréis la Historia de la Congregación de Hermanas Terciarias Dominicas de la Caridad de Sta. Rosa de Lima.

Mas, ¿pretenderé darle el nombre de Historia a mi pobre narración? No, no me atreveré a tanto. La llamaré sencillamente: «Datos Históricos».

En su mayor parte me fueron bondadosamente suministrados por la Rvda. Madre Fundadora y Ex-Madre General, Julia del Smo. Sacramento y las Rvdas. Hnas. Francisca del Corazón de María y María de la Encarnación.

La compilación de los restantes la tomé de documentos que se conservan en nuestros archivos, no dejando de aportar la tradición su parte a nuestra pequeña labor.

Gracias a estos tres agentes complacientes, me fué menos difícil doblegar mi voluntad ante la Divina.

Gustosa ofrendo este acto de obediencia a Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo, en manos de María Inmaculada.

Sírvase El recibirlo y transformándolo en bendiciones, dejarlo caer sobre nuestra amada Congregación.

UNA HERMANA DOMINICA.

Mérida, 19 de mayo de 1945.

¡Ave María!

Alborada

Un valle salpicado de ceibos. Es el regio manto de rubíes y esmeraldas con que suele engalanarse Mérida, la aristocrática.

Agoniza el año 1897, y en un atardecer de ensueño besa el cielo con su labio dorado a la ciudad. Trémulo....al sentir que roza tanto abolengo, tanta nobleza, y sobre todo, tanta religión.

———

En una de sus calles que ostenta el nombre del Libertador, levántase un edificio sencillo, de fachada humilde, pero que mira airoso las cumbres hermosas de los Andes. Esas cumbres que una Mano Omnipotente y pródiga coronara de purezas. A su lado yergue su cúpula graciosa una capilla de estilo clásico español. En su recinto se acaba de entregar a la oración un grupo de almas escogidas: son Hermanitas de la Caridad de Sta. Ana.

Seamos algo más curiosos y acerquémonos. Tengamos la audacia de observarlas de frente. Sus miradas son vagas no pareciendo detenerse como siempre en el Sagrario, sino más bien perderse, a su través, en horizontes invisibles. En sus ojos hay un no se qué de duda y de temor.

Es que en las calles hay rumores de movimientos políticos. Hace ya algunos días que escasean los alimentos y los pobres enfermitos apenas si tienen qué comer.

¿Se quedarán en la ciudad que tan generosa acogida les hiciera, exponiéndose a las terribles consecuencias de una insurrección política, o levantarán en cambio la fundación para regresar a Maracaibo de donde habían venido? Esto último parecía aconsejarlo la prudencia, pero la caridad, ¿permitiría otro tanto?

Aquella noche, después de dar la última vuelta a los pequeñitos de Cristo, la Rvda. Hermana Superiora, lanzó como acostumbraba hacerlo siempre, una mirada de Buenas-noches a la Sierra. ¡Cosa extraña! Enfocados a la luz de impresiones recientes, sus picachos se habían transformado súbitamente en cinco fantasmas gigantescos de cabellera blanca. Bajó la cabeza y dirigiéndose a su celda con el corazón oprimido, repitieron sus labios temblorosos: ¿Será posible, Dios mío, tendremos que marcharnos?

El hombre propone y Dios dispone, dice la experiencia, y en la historia sencilla que pretendo bosquejar, este proverbio más qe nunca hace honor a la verdad.

Entre el grupo de Hermanas que formaban el personal del Hospital San Juan de Dios, había dos por cuyas venas corría sangre merideña. Descendientes de familias que pertenecían a la alta sociedad, lo habían abandonado todo por seguir a Aquel que dejara el cielo por ellas; encontrando en cambio a la cabecera del inválido, la felicidad que les habían negado los honores y las riquezas. Me refiero a las Hermanas Georgina Febres Cordero y Julia Picón Febres.

Algunos días después de la escena que referí al principio, cuando el «¿Tendremos que marcharnos?» de la Superiora dejó de ser simple interrogación para tranformarse, por orden venida de España, en el principio de una triste realidad, nos encontramos de nuevo a las siluetas negras arrodilladas ante la cárcel dorada del Divino Prisionero. Mas esta vez no nos detengamos en el grupo en general. Fijemos toda nuestra atención en las Hermanas Georgina y Julia. ¡Oh, qué centelleo de ilusiones y esperanzas se columpian en sus pupilas! Con vista de águilas heridas por divino dardo, descubren un campo de acción tan posible, como realidades eran la necesidad y pobreza de los enfermos de su ciudad natal. Las fibras de sus corazones formados a lo Cristo, se estremecían a la sola idea de dejar tan solo el dolor de aquellos pobres. Además, Mérida

la religiosa, ¿se vería obligada de nuevo a ver arrastrarse por sus calles históricas a los que convirtiera en víctimas la enfermedad? ¿Negaría tal suelo albergue a sus hijos dolientes? Y el Dios de los que gimen y claman a su Divina Justicia, ¿se haría esta vez sordo a los clamores de aquellos que empezaban ya a sentir en sus lívidos rostros el hálito frío de una soledad tan cruel?—¡Oh, no; y mil veces, no!—murmuraron a Jesús las dos Hermanas de quienes venimos hablando.—¡Tú no nos dejarás ir!

Y lo más extraño del caso era que no había habido intercambio de ideas entre las dos.

Dios empezaba a disponer.

Primeros Pasos

A la muy digna Superiora de las Hermanas de la Caridad de Sta. Ana residenciadas en Mérida, Madre Ramona San Martín, le era en verdad muy duro tener que abandonar la obra ya empezada. Su maternal corazón se había resistido a marchar a pesar de lo que le aconsejaba la razón y fué necesaria, como antes dijimos, una orden expresa de sus Superioras en España, para decidirse.

Se encontraba un día en su pequeño gabinete sumida en profundas reflexiones, cuando ayó que llamaban a la puerta.

—Adelante, dijo con su acostumbrada dulzura.

Entreabriéndose aquélla, penetró la Hna. Georgina. Su semblante algo nublado por una preocupación.

—Madre, ¿me permite S. R. hablar con el Sr. Obispo?

A la Superiora hicieron impresión aquellas palabras pues no acostumbraba la Hna. Georgina pedir esta clase de permisos, y hubiera querido hacerle una pregunta. Sin embargo , temiendo traspasar los límites de sus derechos y profanar el oculto santuario de las almas, se contentó con responder:

—Puede Ud. hacerlo con toda libertad. Pero....¿está Mons. en casa?

—No, Madre.

—Entonces tendré el gusto de acompañarla.

Era por aquel tiempo Director de la Hna. Georgina, el Rvdo. P. Evaristo Ramírez. Cuando aquella le comunicó su idea de no abandonar la ciudad aunque lo hicieran sus Hermanas, el P. Ramírez, en vez de desalentarla, como ella temía, la animó aconsejándola madurar su plan con el parecer del Sr. Provisor el Pbro. Dr. F. Franco Lizardo. Obediente la Hna. Georgina a la voz de su Director, habló detenidamente con el P. Lizardo sobre el asunto. Aunque no aprobó decididamente lo que en realidad parecía a primera vista una imprudencia, no la desanimó tampoco. Le ordenó a su vez aclarar el estado de las cosas, consultando con el Sr. Obispo, en aquel entonces, el Ilmo. Sr. Dr. Antonio Ramón Silva.

Siguiendo esta ordenación, vimos hace poco a la Hna. Georgina entrar en el gabinete de la Madre Superiora. Aquel día, después de dar su acostumbrado adiós a Jesús Sacramentodo, se dirigieron a Palacio. Llegado que hubieron y después de una paternal recepción por parte del Ilmo. Prelado, la Madre Superiora dijo con toda sencillez:

—Excia. ¿me premite retirarme? La Hna. que me acompaña desea hablarle en privado.

El Excmo. Mons. le otorgó la licencia pedida. Siguióse luego una animada conversación. La Hna. Georgina expuso con ingenuidad el motivo de su visita y una vez que el Ilmo. Sr. Obispo hubo comprendido todo, sin escapársele los mil inconvenientes que se podían presentar y lo arriesgado de la empresa, contestó con amabilidad:

—¡Muy laudable! Pero....muy difícil! Se haría necesario un sacerdote que pudiera dirigir esa fundación.

—El Director actual puede encargarse, contestó ella.

—Al presente tiene ya suficientes ocupaciones.

—Entonces....¿el Sr. Provisor?

—El Sr. Provisor tiene más de las que puede cumplir.

La Hna. Georgina en su humildad creyó prudente callar. Lo inmenso de la obra parecía más gigantesco a Mons. a medida que la conversación avanzaba. Sin embargo, la delicadeza de sus sentimientos no permitió que dejara marchar a su interlocutora sin una esperanza.

—Bueno, añadió. Se acerca el tiempo de los Ejercicios Espirituales. Durante ellos mediten bien lo que desean hacer; consúltenlo con Dios que a nadie desatiende y si al salir de ellos, conservan el mismo modo de ver las cosas, participénmelo. Ya se resolverá lo más acertado.

Ya habréis notado que Mons. al dirigirse a la Hna. Georgina, no decía medite sino mediten. Mons. ya sabía que la Hna. Julia estaba animada de los mismos sentimientos.

Paréntesis

Parece ya llegada la hora de decir unas palabras sobre nuestras futuras fundadoras.

Eran los distinguidos padres de la Hna. Georgina, los Sres. Dr. Foción Febres Cordero y Georgina Troconis.

Amaba el baile con delirio pero a pesar de la atracción que por él sentía jamás se sintió satisfecha cuando volvía de ellos. El por qué aun no lo comprendía Tan suavemente nos desprende Dios de las cosas terrestres.

Un día en que su familia recibió invitación para un paseo en el cual seguramente no faltaría el baile fué el escogido por el Divino Robador de Corazones para robar el suyo. El día fijado para tal diversión, era primer domingo, en el que siempre acostumbraba comulgar; a pesar de su carácter festivo, era muy piadosa. En su interior se entabló una lucha desesperada: ¿Dejaré la Comunión por el baile, o el baile por la Comunión? Mas, no; no dejaré a ninguno de los dos. Comulgaré temprano y luego durante el día tendré más que tiempo para divertirme a mis anchas. Pero....¿y si me critican? ¿Escandalizaré quizá al proceder así? ¡Oh! Fueron minutos aquellos de verdadera agonía en que Jesús y Satanás se disputaban su alma. Por fin venció la gracia y su naturaleza rebelde doblegó la frente ante su corazón que lloraba de ternura.—No permitas, Dios mío, que jamás, de ahora en adelante, te deje a Tí, el más Bello de los hijos de los hombres, por seguir a las criaturas que no son sino pálidos reflejos de tu hermosura.

Aquel día brotó en su alma un deseo ardiente de consagrarse toda a Dios. Sin embargo, ¿tendría valor de dejar a su padre, quien la amaba tiernamente?

Dios todo lo resuelve a las mil maravillas.

Por aquellos días enfermó el Dr. Febres Cordero gravemente. La familia toda estaba consternada y su hija predilecta, Georgina, no se separaba un instante de su lado. Una tarde, después que le hubieron administrado los últimos sacramentos, se sentó ella a la cabecera del lecho y sosteniendo entre sus brazos a su padre moribundo, elevó sus ojos al cielo y murmuró entre sollozos:—Señor, Tú sabes que mi corazón te pertenece todo entero y que hasta ahora, el único obstáculo que hallé a mi paso para unirme a Tí, ha sido mi padre. ¿Será acaso por eso que me lo quitas? ¡Ah! Si es eso, Señor, detén tu brazo, déjale con vida. Aun cuando él recobrare la salud yo seré tu esposa; te lo prometo, Dios mío!

Su oración fué oída y al cabo de unos días, el Dr. Febres Cordero se encontraba pefectamente bien de salud. Emprendió de nuevo su plan de vida acostumbrada el 11 de junio y tres días después ,en la fiesta del Sgdo. Corazón de Jesús, año de 1890, cumplía Georgina lo prometido estrando al convento. Tenía a la sazón 29 años.

Al saberlo su padre, voló a su lado e hizo todo lo posible por hacerla volver atrás. Todo fué en vano. Jesús quedaba Vencedor.

El Dr. Gabriel Picón Febres y la Sra. María del Rosario Febres Cordero, fueron los padres de la segunda fundadora, la Hna. Julia.

De carácter festivo y modales distinguidos, tomaba parte también como su prima hermana, la Hna. Georgina, en todas las reuniones sociales. Notaba sin embargo, que toda aquella pompa mundana no hacía sino fatigar su cuerpo y embargar su alma de nostalgia.

Llegaron en aquellos días de su juventud las Hnitas. de la C. de Sta. Ana a la ciudad, a hacerse cargo del Hospital San Juan de Dios. Para cumplir con un deber de sociedad, fué a visitarlas y en aquella visita comprendió muy claro que la paz no reinaría en su corazón hasta que abandonadas todas las cosas del mundo, se entregara como religiosa al servicio de Dios. Aquel Amor que toda la absorbía, fué suficientemente audaz para comunicar a sus padres el ideal que perseguía

—¡Cómo! ¿Tú, religiosa? ¿Con ese carácter tan alegre que tienes? ¡Imposible! Son ilusiones.

Y para conseguir que se desvanecieran estas ilusiones le prohibieron terminantemente que volviera al Hospital. A pesar de aquella prohibición, se sintió una tarde impelida hacia allá sin poderlo evitar. Habiéndose tardado más de lo que acostumbraba cuando salía, sus hermanos vinieron en conocimiento de su paradero y al legar a casa le reprocharon su conducta al pretender hacerse religiosa. Julia no pretendió excusarse y montando sus hermanos en cólera, lo hicieron saber todo al Dr. Picón, su padre. Este, fuera de si hizola comparecer a su presencia y con voz que hubiera hecho temblar a otra menos valiente, le gritó:

—Si Ud. se quiere marchar de esta casa; si nos quiere abandonar para hacerse religiosa, váyase. Pero, óigame bien: no cuente más conmigo.

Con serenidad asombrosa, Julia contestó enseguida:

—Está bien. Y dando media vuelta se lanzó por el camino que le acababa de abrir la ira de su padre. Regresó al Hospital. La Madre Superiora se opuso a recibirla alegando que era necesario el consentimiento de los suyos. Julia, sin embargo, resuelta a no marcharse, se retiró a la capilla. Quedaba ésta en el mismo lugar donde se levanta hoy la que artísticamente decorada, ostenta sobre su hermosa cúpula una imagen del Corazón de Jesús con brazos extendidos que mendigan amor.

Allí se encontraba arrodillada, cuando un ruido de pasos la hizo estremecer al mismo tiempo q' se asía con todas sus fuerzas a la balaustrada del comulgatorio y suplicaba al Objeto de sus amores: Jesús mío, no me dejes ir! Presentía y hacía rato estaba esperando que llegaran sus hermanos.

En efecto; unos instantes más, y estaban a su lado Estos, que la amaban entrañablemente, no habían podido soportar el pensamiento de tal separación, y después de luchar unos breves momentos con su amor propio, se lanzaron en seguimiento de su querida hermanita. La instaron de mil maneras haciendo al principio de aquella lucha decisiva, derroche de palabras cariñosas y halagüeñas promesas. Pero toda visión de felicidad terrena es sólo un mito para quien haya saboreado las dulzuras

del Unico que sabe amar de veras. Por eso Julia no dió la menor señal de que tales frases enternecedoras la hubiesen conmovido.

Entonces, presas de aquella cólera que comunica la impotencia ante un acto posible y hasta fácil, optaron por hacer uso de la fuerza. Creyeron ser obra de un instante la realización de su plan, mas todo fué inútil. El que con un solo acto de su voluntad sostiene los astros en el espacio, parecía prestar fuerza sobrehumana a su débil criatura. Antes de darse por vencidos, hicieron sus hermanos un esfuerzo supremo. Es mucha la constancia que comunica el cariño.

¡Oh! ¡Al fin! Vedla allí, lejos ya del altar sobre las baldosas del templo. Mas, ¿Por qué sonrisa de triunfo no se dibuja ya sobre los rostros lívidos de sus hermanos? Es que observan consternados que Julia, si es verdad que yace sobre el frío pavimento, se abraza aún con angustia desesperante a un pedazo de la balaustrada. El resto se destacaba allá en su puesto a la pálida luz de la lamparilla como testigo mudo de la escena y las astillas de su rotura comunicaban un no sé qué de espantoso y trágico.

Con las cabezas bajas, una tristeza muy honda en sus corazones y quizá arrepentidos de su imprudencia, salieron los hermanos. Ya el Astro Rey tenía varias horas de haberse marchado al otro lado. Julia, levantándose, se retiró al interior del edificio.

A pesar del original acontecimiento que acabo de referir, no fué posible obtener un sí definitivo de la familia Picón hasta pasados algunos meses. Mientras tanto Julia, permaneciendo siempre entre las Hermanas, amaba y esperaba. Vió por fin su ideal convertido en realidad el día de Sta. Ana, 26 de julio de 1896 a la edad de 23 años

Indirectamente hacia el fin

Esbozadas a grandes rasgos las vocaciones verdaderamente sublimes de nuestras ilustres fundadoras, reanudemos la historia interrumpida:

Siguiendo el consejo de Su Excia. Rvdma. las Hnas. Georgina y Julia tuvieron durante los Stos. Ejercicios coloquios muy

prolongados con El Encargado de resolver todo lo difícil. Terminados éstos, como las dos perveraran en sus intenciones, se lo hicieron pronto saber al Sr. Obispo, valiéndose del P. Lizardo.

—Diga a las Hnas., contestó aquél tan pronto como se hubo enterado del mensaje, que el miércoles por la mañana, iré por allá.

Llegado ese día se presentó el Excmo. Sr. Obispo en la humilde morada de las Hnitas. y vió con algo de sorpresa que en vez de dos lo esperaban tres Hnas. en el locutorio. La Hna. Herminia Viloria se había unido al ideal soñado.

Durante la conversación Mons. trató de cerciorarse del fin verdadero que se proponían aquellas sus queridas Hijas al pretender permanecer en Mérida una vez que se ausentasen sus Hnas. para ya no volver. Sin este objeto les hizo varias preguntas y terminó con ésta:

—¿No será quizá que Uds. quieran marcharse a su casa?

—¡Oh, no, Mons.! contestó una de las tres —no se nos ha ocurrido tal cosa. El hábito religioso no lo abandonaremos jamás.

—Pero, el Director, el Director....¿Dónde encontraremos un Director para la Congregación naciente?

—El que tenemos actualmente se encargará gustoso, insinuó una le las Hnas. con timidez.

—Me parece haberles ya dicho que tiene demasiado que hacer.

—Entonces, aconsejó la más ingenua, Su Excia. Rvdma.

—¿Yo? Pero yo me lo paso piajando y durante ese tiempo ¿quién velará por las Hnitas.?

Una sonrisa paternal iluminó compasivamente el rostro de quien así hablaba y nuestras Hnas., bajando los ojos, esperaron con el corazón oprimido, la sentencia.

—Sin embargo, continuó Mons. iluminado sin duda de lo alto, en la ciudad de La Grita el Dr. Jáuregui está fundando una Congregación de Hnas. de la Caridad. ¿No quisieran unirse a ellas? Puede ser que más tarde vean realizado su ideal.

Si Uds. lo desean, yo mismo puedo obtenerles entrada prometiéndoles desde ahora mi protección en todo. ¿Cómo les parece?

Las tres Hermanas, a una proposición tan inesperada se miraron entre sí. Cada una ha debido leer en la expresión de sus compañeras una aceptación sin réplica porque a un mismo tiempo manifestaron a Mons. que accedían gustosas. ¿Acaso no valía la pena sacrificar sus voluntades y por medio de ese sacrificio obtener la gracia que deseaban? Era sin límites la confianza que abrigaban. ¡Oh, no! Dios no podía permitir que los enfermitos de Mérida quedaran solos. Lo que importaba en el momento era permanecer en tierras Andinas Después....Dios seguiría disponiendo.

—Quedan entonces Uds. desde este instante, libres para separarse de la Congregación de Sta. Ana, prosiguió Mons.

—Pero hay que ser preventivas, agregó de pronto a buen seguro la mayor de las Hnas., la Superiora no consentirá y con mucha razón, que nosotras salgamos de aquí con el hábito que llevamos puesto. ¿Podríamos, Mons., usar el de San Francisco, pero de color negro?

—Me parece que no hay ningún inconveniente. Pueden usarlo.

Después de una pausa añadió: Y ahora....¿Qué haremos para participarle a la Superiora?

La Hna. Georgina propuso entonces con audacia: Su Excia. Rvdma. puede decírselo ahora mismo.

—En verdad, es más honroso. Hagámosla venir.

La Hna. Julia salió animosa a cumplir su cometido y al cabo de unos instantes se presentó con ella. Si bien le estaban pareciendo singulares los permisos que últimamente estas tres Hnas. habían solicitado para consultas, ya con el Director, ya con el Provisor y hasta con el Excmo. Sr. Obispo, no soñó jamás la Superiora con la realidad. Un momento de silencio algo molesto se interpuso entre la llegada de la Rvda. Madre a la sala y la voz emocionada de Mons. Tuvo Su Excia. Rvdma. que hacerse violencia para comunicar una nueva que seguro estaba iba a causar honda y desagradable impresión en el ánimo de quien lo escuchaba.

—Madre, empezó por fin sin rodeos, la Hnas. aqui presentes se separan de la Congregación. Están autorizadas para hacerlo hoy mismo, si asi lo desearen.

Imposible fué a la Madre Ramona impedir que saliera a su rostro la sorpresa dolorosa que en aquellos momentos oprimia su corazón. Alma de un gran temple espiritual, se sobrepuso sin embargo inmediatamente y tratando de naturalizar su voz contestó humildemente:

—Está bien, Mons.

La emoción no la dejó hablar más. Despidióse entonces el Sr. Obispo con "Dios esté con Uds." y salió añadiendo ya en la puerta: «No se olviden de participar a los padres de Uds.»

Silencio sepulcral reinó en el claustro al perderse en el aire el eco que dejaron los pasos de Mons. y en medio de él, regresaron nuestras Hermanas a sus quehaceres.

Nuevas Moradas

La mañana encantadora que hacía sonreir hasta las hojas secas, no estaba de acuerdo con el semblante preocupado de la M. Ramona. Junto a ella y con los ojos bajos en señal de respeto, estaba sentada la Hna. Georgina. Se encuentran en el despacho de la primera; hace ya rato que empezó la conversación.

—Pero, Hna. Georgina, S. C. lo ha pensado bastante?

—Si, Madre, hace ya mucho tiempo lo vengo meditando. Dios me lo pide y el P. Director me lo aconseja. ¿Cabrá alguna duda?

—No, Hija mía, parece que no ,desde el momento que el Sr. Obispo las autoriza. Sin embargo ....¡Oh! me es tan duro tener que dejaros ir!

Ruido de lágrimas se dejó sentir en las palabras anteriores y la Hna. Georgina, sensible por naturaleza, recordó en aquel instante el trato verdaderamente maternal con que su buena Superiora la distinguiera siempre. Tuvo que apelar a todo su valor para no desistir de su propósito. El que pedía, no obstante, era Uno que tiene derecho a exigirlo todo y esta conside-

ración alentó a la Hna. en su heroísmo.

Pocos días después de la conversación que acabamos de oir, la Hna. Georgina se retiraba a un aislado departamento de su casa. No sin antes haber dado a comprender a los suyos que aquella su estadía en el hogar paterno no se prolongaría por mucho tiempo.

A la Hna. Julia costó la salida un poquito más por encontrarse sus padres en la Capital. El Dr. Febres Cordero, su pariente y padrino, al venir en conocimiento de su deseo, le ofreció su casa con toda amabilidad, aunque en vano. La Madre Ramona insistía en que era mejor esperar el regreso de los Srs. Picón Febres.

El tiempo urgía, ya que de un momento a otro dejarían las Hnas la ciudad. Y entonces ....¿qué haría ella si aun no habían regresado sus padres? No había otro remedio sino acudir al Sr. Provisor, quien la tranquilizó como siempre, encargándose del asunto.

En efecto. No tardó mucho en tocar a las puertas del Hospitalito, la noble Sra. Doña Sofía, hermana del Dr. Foción, la cual hacía las veces de madre para con sus sobrinas.

—Vengo de parte del Sr. Provisor, dijo ésta a la Madre Ramona, ya en el locutorio.

—A sus órdenes, Sra. ¿qué se le ofrece?

—Traigo orden suya, prosiguió Doña Sofía, con admirable serenidad, de llevarme a la Hna. Julia.

Obediente y sumisa siempre a las órdenes de sus Superiores, la humilde esposa de Cristo no opuso ninguna resistencia y levantándose dijo sencillamente:

—Con su permiso, Sra., voy a avisarle.

Aquel 19 de agosto de 1898 no se le olvidará jamás a la M. Ramona. Eran con ella dos las ovejitas que la dejaban. Y ¡qué ovjetas! No hubieran sido tan virtuosas, quizá no las hubiera sentido tanto. Y lo peor de todo era que una tercera quería también abandonar su rebaño. No cabía duda; Dios la acariciaba más que de costumbre.

No pasó mucho tiempo sin que la Hermana Herminia, quien se distinguía por su carácter bondadoso, participara a su herma-

no, el Rvdo. P. José de los Stos. Viloria, la decisión que había tomado, y como no tenía familiares en Mérida, se fué a casa de una piadosa señora amiga suya. A esta Hna. sin ella saberlo, minábala una cruel enfermedad. Durante aquellos días de separaciones y sacrificios, su corazón rebosante de esperanzas no le había permitido darse cuenta del verdadero estado en que se hallaba. Fué tan sólo algunos días más tarde, cuando percibió la fúnebre perspectiva de una muerte próxima. Y mientras sus dos Hnas. se entretenían en amorosos coloquios con su Dios, esperando sonara para ellas la hora señalada del triunfo, ella se ofrecía en holocausto sobre el lecho del dolor, porque no se hiciera esperar aquel sonido.

Nubarrones

El demonio, a quien parece afean todos los vicios menos el de la pereza, no podía decidirse a dejar en paz a nuestas heroínas. Bien sabía él, el sinnúmero de almas que le iban a arrebatar en el futuro.

Un día, cuando menos se esperaba, presentóse de visita el Dr. Gonzalo Picón, hermano de la Hna. Julia. Fué en verdad una sorpresa, la que iba aumentando a medida que exponía el objeto de su visita. Venía de Caracas por comisión especial de sus padres, a llevarse a su Hnita. pues habían tenido noticia de que abandonaba la Congregación de Hnitas. de Santa Ana. Pero si grande fué la sorpresa de las Hnas. al oír esto, mucho mayor fué la del Dr. Gonzalo al oír que su hermana pronunciaba un *no* tan terminante que no daba cabida a otra proposición. Luego las Hnas. expusiéronle el plan que tenían de irse a La Grita.

Convencido el Dr. Gonzalo de que era inútil toda tentativa para disuadirlas de semejante idea, decidió marcharse a su casa sin insistir más. ¿Qué harían sus buenos padres cuando lo viesen regresar sin la que había venido a llevar? Pero la Hna. Julia había prometido a su Divino Esposo serle fiel hasta el fin y no podía hacerle traición, mucho menos en los críticos momentos por que atravesaban.

Ella y su compañera no salían sino a visitar a su pobre Hermanita enferma y al Prisionero del Altar, haciéndole cambiar todas las mañanas su duro lecho por el mullido de sus a-

mantes corazones. Mons. Silva, que ni un sólo instante descuidaba su bienestar espiritual, díjoles eran libres para escoger el Director de sus almas y sin vacilar un momento se fijaron en el P. Ramírez. Mientras tanto se hacían los preparativos necesarios para el viaje.

Pero, ¡oh! Sólo Jesús era testigo de la amargura tan honda que se apoderaba de ellas al pensar en él. Cierto, muy cierto que Mons. Jáuregui era fundador insigne, de reputada ilustración y elevadas miras, pero el grupo de Hermanas que dirigía no seguían una vida de comunidad tal como la que soñaban sus almas sedientas de perfección. Además, ¿cómo encontrar en La Grita los medios adecuados para establecer un Noviciado? Estas dificultades las llenaban de angustia pero ante el deseo y orden de Mons. era necesario obedecer. Dios se encargaría de premiar su sacrificio.

Viéndolas tan preocupadas, la tía Sofía se dirigió una mañana a casa del Dr. Gonzalo que aun permanecía en la ciudad, en busca de una solución favorable. Después de una larga entrevista volvió a casa muy consolada, pues el Dr. le había prometido hacer todo lo posible por impedir aquel viaje que ya parecía ser un hecho. Es preferible que les prestemos nuestra ayuda facilitándoles el modo de dedicarse aquí mismo a una obra de beneficencia cualquiera. Escribiré a papá para que exponiendo al Sr. Presidente de la República la situación, le exija una subvención para la obra en proyecto.

—Pero, había objetado Doña Sofía, ellas están decididas a marcharse y han fijado el día 19 del próximo mes para hacerlo. Se creen obligadas a obedecer los deseos de Mons.

—Me encargaré entonces de proceder cuanto antes. Puede irse tranquila.

No se pasaron muchos días sin que llegara contestación de Caracas, con una asignación para las Hnas. de cien pesos mensuales.

Cuando las Hnas. Georgina y Julia tuvieron noticia del proceder de su primo y hermano, sin su consentimiento, temerosas de que aquello no fuera agradable a Dios por ser contrario a lo ordenado por el Sr. Obispo, participaron todo al Sr. Provisor, quien, muy al contrario de lo que ellas habían imaginado, se mostró complacido.

—¡Magnifico! exclamó. Cálmense Uds. que yo me las arreglaré con el Sr. Obispo. En vista de las actuales circunstancias no dudará en revocar su mandato.

Se disipaban por fin los primeros nubarrones gracias a la generosa actividad del Sr. Provisor, al Dr. Gonzalo Picón y a la insigne Doña Sofía Febres Cordero.

El Director

Era el Director espiritual de las Hnas., como ya dijimos, el Padre Evaristo Ramírez. Al escribir este nombre, he bajado instintivamente la cabeza. Tanta es la reverencia que suscita en mi alma su memoria. Todos sabemos como, después de una vida de decepciones y malas interpretaciones, fué injustamente llevado cautivo a la tristemente inmortal cárcel de La Rotunda. Allí, entre los más crueles sufrimientos, terminó su preciosa vida en aras de un dolor que le alcanzó sin duda la palma del martirio. ¿No lo había sacrificado todo; no se había extinguido la luz de su palabra para que brillara con resplandores eternos la verdad de Cristo? Y al reocrdar el extremo interés que se tomó en la dirección de las Hnas. primero, y después en la fundación, me pregunto, recordando palabras del Evangelio: ¿No sería el P. Ramírez el granito que después de muerto debía comunicar calor y vida a la naciente Congregación?

Una de aquellas tardes de diciembre, era el año de 1898, fué la Hna. Georgina a visitarlo y hablándole sobre lo único que le interesaba, la fundación, la interrumpió pensativo:

—Hace mucho estoy pensando fundar una Casa de Beneficencia y me parece que nadie mejor que Uds. podrán dirigirla.

No esperó aquella vez el P. Director ninguna respuesta. Sabía demasiado que podía contar ciegamente con almas que tan humildemente se dejaban dirigir.

Poco después de esta entrevista, tuvo lugar un incidente que vale la pena referir. Comentaban el Sr. Provisor y la Hna. Georgina el plan acariciado, cuando a unas palabras del P. y sin saber a qué horas, nuestra Hna. dijo sin reflexionar:

—Eso mismo piensa el P. Ramírez.

Comprendió inmediatamente la Hna. que había cometido

una indiscreción pero ya era tarde. La voz algo autoritaria del Sr. Provisor preguntaba:—¿Qué es lo que dice el P. Ramírez?

No hubo más remedio que explicarle. Al terminar su relato, la sonrisa picarona del Padre la sacó de su tribulación.—Pues dígale al P. Ramírez, dijo, yo la mando le diga que procure entenderse conmigo.

Y parece se entendieron muy bien, pues antes de lo que esperaba recibió el siguiente mensaje de parte del Provisor: "El Pbro Evaristo Ramírez está nombrado Director de la futura Congregación. Pueden pues, consultarme como Provisor, pero deben conformarse en todo con lo que el P. Ramírez disponga. Está muy interesado; es activo, celoso de la gloria de Dios, competente, y se ha visto claramente que Dios nuestro Señor lo destina para dirigir esta obra. Oebedezcan a todo lo que él les diga".

"Todo contribuye al bien de los que aman a Dios". No será ciertamente la indiscresión de la Hna. Georgina, la que desmienta esta sentencia espiritual.

Se Achica el Rebaño

Mientras tanto, la enfermedad seguía haciendo estragos en la delicada naturaleza de la Hna. Herminia. Sus Hnas., ya con el horizonte más despejado, pues Mons. Silva veía muy gustoso, como se lo imaginara el Sr. Provisor, el que las Hnas. se quedaran en Mérida, se esmeraron por devolverle la salud.

Los padres de la Hna. Herminia vivían en la vecina población de Mucuchíes y decidieron que pasara a su lado unos días a fin de obtener alguna mejoría; así se hizo cuanto antes y sus familiares, temerosos de que aquel ser querido los abandonase de nuevo, le cortaron toda comunicación con sus Hnas. en religión. Aquel aislamiento en que se encontraba hizo sufrir horriblemente a la pobre víctima hasta que Dios, vencido por su constancia en amarlo, se compadeció de ella permitiendo que sus mismos hermanos la trajeran a Mérida. Con ternura indecible pidió a la Hna. Georgina no permitiera jamás que ella volviera a separarse de su lado.

¡Oh! ¡Cómo causaba lástima el mirar a la Hna. Hermi-

nia! Parecía un esqueleto. El corazón tierno de la que hacía las veces de Superiora improvisada, no le permitió vacilar un instante y le prometío lo que pedía.

La casa de los Febres Cordero no estaba en condiciones de albergar una enferma. El reciente terremoto la había acariciado demasiado fuertemente y una parte amanazaba ruina. Se tuvieron por tanto que conformar las Hnas. con llevarla a casa de una buena señora que varias veces, con sinceros deseos de ayudarlas, se les había puesto a las órdenes. Allá la iban a visitar con mucha frecuencia dulcificándose los útlimos días de su existencia con charlas espirituales. Ella en cambio les prometía ayudarlas desde el cielo, pues comprendía que no eran ya muchos los días que le quedaban sobre la tierra.

Estalló, ya entrado el año de 1899, una revolución de las que tan a menudo sembraban en aquellos tiempos el pánico por campos y ciudades. Los víveres escaseaban y a cada instante la pacífica Mérida esperaba ser asaltada de un momento a otro por cualquiera de los dos partidos políticos que se disputaban el poder. El terror y la consternación eran generales y llegaron por fin hasta el lecho de la moribunda. ¡Pobrecita!, Con lágrimas en los ojos no cesaba de animar a sus Hnas. a quienes dejaba tan solitas y les decía a cada instante: "Confianza, mucha confianza en Dios; hay que esperarlo todo de El".

Los rumores de lo que parecía un inminente desastre, probablemente aceleraron para la Hna. Herminia la hora de sus Bodas. Tanta impresión desagradable hizo que dejara de palpitar su pobre corazón cansado de latir al son de dolores y tristezas. Acompañada de sus Hermanas y también de los suyos a quienes se había avisado con tiempo el estado agónico en que se hallaba, voló a abrazarse con el Amado de su alma. Su Hno. Sacerdote le dió la última bendición.

El rebañito se había reducido a dos ovejas. Por fortuna Ntro. Señor había prometido estar con aquéllos que en número de por lo menos dos, se reunieran en su nombre. No tenían por qué volver atrás en sus resoluciones. ¿Acaso no era suficiente la promesa del Maestro?

La Hora

Habían transcurrido ya dos años y varios meses desde la fecha en que, lloradas por su Superiora y Hnas., habían salido las nuestras de la Congregación de Santa Ana. Cualquiera, al leer estas líneas, padría objetar: ¿Por qué se aceleró tanto este suceso? ¿No hubiera sido mejor esperar a que sonara la hora de partida? Muy razonable y eso fué exactamente lo que hicieron.

A fines del año 1897, fecha en que se abre nuestra historia, era ya una certeza la partida de las Hnas. de Santa. Ana de la ciudad. Esta certeza, conocida tan sólo por algunos miembros de la comunidad ,entre ellos las Hnas. Georgina y Julia, fué la que apresuró los acontecimientos. Más tarde se recibieron contra órdenes que aplazaron el viaje. De eso nadie tuvo la culpa. Los caminos de Dios, nos dice El Evangelio, no son los caminos de los hombres. Probablemente lo permitió así para que durante aquellos meses que parecían interminables en intensos sufrimientos y toda clase de contrariedades, se levantara una barrera suficientemente sólida para resistir las enfurecidas embestidas de Satanás energúmeno.

Sin embargo, argüirá otro: ¿Por qué entonces, Mons. Silva, sabiendo que las Hnas. no tenían otro fin que suplir al lado de los enfermos de Mérida las que se iban, por qué digo, les aconsejó se fueran a la Grita? Es verdad que en aquella misma visita había añadido Mons.: "Puede ser que más tarde vean realizado su ideal"; pero no cabe duda de que eran pocas o casi ningunas las probabilidades de tal realización.

Si este deseo de Mons. aparece a nuestros ojos con matices de misterio, aun más incomprensible debió parecer a nuestras Hnas. Recordemos que prefirió su humildad callar sacrificando voluntades propias, a contrariar la de Dios manifestada en aquel momento por boca de su representante en la tierra. Convencidas estaban de que es solamente el anonadamiento de nosotros mismos lo que hace brillar la gloria de Dios en nuestras obras. Acto sublime de confianza que nos fuerza a formarnos un concepto muy elevado de sus almas.

Una vez más, esta serie de acontecimientos al parecer irrazonables probaban que Dios no se rige por leyes naturales para

gobernar a sus criaturas. No necesita El de medios para llegar al fin que se propone, y sean cuales fueren aquellos de que se vale, parezcan o no parezcan acertados a nuestro modo de ver las cosas, por sobre todo, en todo, y siempre se cumplirá su Sma. Voluntad.

El conocimiento intuitivo de esta verdad, fué lo que comunicó a las Hnas. Georgina y Julia, la paciencia heroica de que dieron tan claras pruebas durante aquellos meses en que a cada instante amenazaban desvanecerse sus más caras ilusiones. "Dios se complace en instruir a los humildes en el secreto de sus corazones".

Mas Dios estaba ya satisfecho . Una nueva orden terminante llegó de España en los últimos días del mes de abril y la Madre Ramona comunicó inmediatamente su contenido al Sr. Presidente del Estado, Gral. Esteban Chalbaud Cardona. Este hizo todo lo que pudo para impedir el viaje de aquellas Hermanitas que tanto bien habían hecho a la ciudad que gobernaba, pero todos sus esfuerzos resultaron infructuosos.

—Es orden superior, había contestado la M. Superiora con suavidad, y tengo que obedecer aunque también sienta yo el dejar los que tan dignamente han cooperado a nuestros buenos deseos.

El Sr. Obispo, a quien esta orden no causaba sorpresa alguna, no dejó de sentirse contrariado. Era mucho el bien que aquellas almas nobles habían hecho en su redil. Algunos meses antes, cuando supo el estado de pobreza en que se encontraban no había puesto reparo en salir él mismo a pedir limosna para ayudarlas. Tanto las apreciaba. Pero sus esfuerzos para detenerlas habían sido como más tarde los del Gral. Cardona, inútiles.

Tan pronto como el Sr. Presidente se convenció de que era inminente la partida de las Hnas. de Sta. Ana, mandó llamar al Dr. Febres Cordero y le exigió preguntara a su hija Georgina y a la Hna. que la acompañaba, si querían hacerse cargo del Hospital San Juan de Dios.

—Es ya un hecho, le dijo, que las Hnas. de Sta. Ana nos dejan y ¿quiénes mejor que ellas pueden suplirlas? Convénzalas, Dr. de lo grave de la situación y de la necesidad que tienen de ellas los enfermitos.

El Sr. Presidente ignoraba que las Hnas. aludidas no necesitaban ser convencidas de tal cosa. Al recibir el mensaje experimentaron naturalmente cierto sentimiento de tristeza por el alejamiento de aquellas que habían hecho las veces de Madre tierna y Hermanas muy queridas, pero pronto, el Dios de las puras alegrías las confortó con la perspectiva de ver al fin cristalizado su ideal.

No obstante, antes de responder a la solicitud que el Dr. Febres les hacía a nombre del Gral. Chalbaud, se dirigieron a Palacio. Mons. estaba en vísperas de viaje y se encontraba muy ocupado, razón por la cual no pudo atender a nuestras Hnas. como ellas hubieran desado.

—Sin embargo, les dijo, el Sr. Provisor está ya haciendo mis veces. Entiéndanse con él. Yo apruebo de antemano lo que haga. Comunicáronse con el Dr. Lizardo aquel mismo día, y estando, como estaba él al corriente de todo, les aconsejó estuviesen preparadas para hacerse cargo de los enfermos el mismo día que saliesen las Hnas. pues no podían permanecer solos un momento.—Son muchos para dos Hnas., pero Dios multiplicará las fuerzas, les aseguró.

Por circunstancias imprevistas, el viaje no se llevó a cabo hasta el mes de julio.

Por fin amaneció el día fijado para la partida. Idas y venidas por los corredores; suspiros y sollozos en los rincones y un Jesús en el Sagrario que, si se me permite la expresión, no sabe si alegrarse o entristecerse porque unas se van pero llegan otras. Suena la señal de salida y las Hnitas. de Sta. Ana, con corazones rebosando gratitud y los ojos rebosando lágrimas, van a dar el último adiós al sencillo edificio que les brindara asilo durante nueve años. Era en verdad dolorosa aquella despedida. Dolorosa pero inevitable; así parece lo quería Dios. Y las Hnas. que, ignorándolo, servían de instrumento a sus planes divinos, fueron a arrodillarse por postrera vez ante el altar. Unos momentos más y dejaban tras sí los umbrales benditos del futuro "nido Dominicano". Un grupo de distinguidas damas las escoltaron hasta las afueras de la ciudad.

Aquel mismo día, como lo había querido la necesidad, cerca del medio día, las Hnas .Georgina y Julia se hicieron cargo de la administración del Hospital y cuidado de los enfermos.

El Gobierno del Edo. había nombrado una junta para que en aquel acto hiciera tomar posesión del Instituto con todos sus haberes, a las Hnas. que se encargaban de tan ardua labor. La integraban los Sres. Dr. Miguel Lorenzo Gil Chipía, Canónigo de la S. I. Catedral y Capellán de la Capilla del Corazón de Jesús anexa al Hospital; Juan Bautista Gil, Presidente del Concejo Municipal y el Dr. Foción Febres Cordero hijo, Médico del Establecimiento.

Pero dejemos a nuestras Hermanas tomar posesión de todo y abismarse en la infinita sabiduría de su Dios, y lancemos una mirada más lejana. Allá, al través de los árboles se distingue una cabalgata. Sí, no cabe duda; son ellas, la Hnitas. de Sta. Ana. Apenas si avanzan sobre el escarpado y angosto camino. ¡Oh! les es tan doloroso dejar a la pródiga Mérida! Habían hecho lo indecible por evitar aquel viaje, pero las órdenes de España apremiaban. Nos es permitido, por lo tanto, imaginárnoslas, ya que otro tanto hubiéramos hecho nosotros en su lugar, volviendo la cabeza atrás a cada instante, para despedirse una vez más de las cúpulas y torres que tanto amaban. Pero, al fin, como es natural, se perderían también éstas de vista, distinguiéndose apenas sobre las copas de los ceibos, como última nota dolorosa de tan desgarradora despedida, la albura de la Sierra. Es de creerse y estoy segura que así lo fué: los gigantes de cabellera blanca que un día miraran tan lúgubres a la Madre Ramona, lloraban ahora, meditabundos, arrebujados en el oscuro terciopelo de esmeraldino manto.

La Hora había sonado para las que se quedaban. La Hora que en el reloj de nuestra Historia, era la primera de un día en el que la última de sus claridades dejaría tan sólo de brillar para confundirse con las eternas.

Como para que se grabara aún más en nuestras memorias esta Hora inmortal, escogió Dios un cinco de julio. Corría el año de 1900.

Las Hermanas Nuevas

Aquellos primeros días en su antigua residencia, fueron verdaderamente días de gloria para nuestras Hnas. ¿Acaso era poca cosa palpar la meta ansiada de un momento a otro, y vivir de nuevo bajo el mismo techo que cobijaba al Dios a quien

servían? Era verdad que apenas si tenían tiempo de tomar un poco de alimento pero el cansancio no se dejaba sentir teniendo como tenían, el alma llena de contento. Dios en su misericordia les envió a la abnegada Srta. Rosa Rodríguez para que les hiciera compañía mientras empezaba a multiplicarse que les hiciera compañía. Mientras tanto, en un continuo sacrificio alegre, pasaban las horas.

Un día en que se encontraba la Hna. Georgina con más quehaceres que de costumbre, sin saber qué hacerse, fué a postrarse a los pies del Patrón de la Casa y le dijo con sencillez de niño: ¡San Juan de Dios! Tú que estás viendo mi situación, envíame a Angela para que me ayude!

Era Angela de Chuecos una señora muy piadosa y caritativa, razón por la cual se fijaba en ella la Hna. al hacer su petición. Acabando de pronunciar las últimas palabras, fueron a avisarle que una señora la esperaba en el locutorio. Salió inmediatamente y ¡cuál no sería su sorpresa al encontrarse con Angela! Esta aumentó, cuando se enteró del fin que allí la había conducido: iba a ofrecerse a las Hnas. para ayudarles en el cuidado de los enfermos. Desde aquel día la Sra. Angela practicó los más humildes oficios, ocupándose en ellos buena parte del tiempo con una abnegación singular. Dios vela por los suyos.

En aquellos días fué de visita a casa de las Hnas., la muy ilustre matrona Da. Inés Pulido de Jiménez. Se trataba nada menos que de su hija María, quien deseaba ardientemente ingresar en la mínima comunidad. Siendo muy devota desde pequeña, había entrado en el convento de las monjas Clarisas. No permitía el Gobierno, sin embargo, que las jóvenes emitieran votos religiosos en conventos de clausura y fué por esta razón por la que, después de pasar en tan delicioso retiro un año entero, encargó a su buena mamá para que intercediera por ella con las Hnas. del Hospitalito. Este fué el resumen de su conversación.

Ya habían conocido las nuestras a dicha joven, durante su estadía en casa del Dr. Febres Cordero. Cuando iban al templo, solían encontrarla allí casi siempre, llamándoles la atención su postura tan recogida y fervorosa. Una vez, salido que hubieron del Sgdo. recinto, dijo la Hna. Herminia en son de juego:—"Esa será la primera novicia". Las otras dos ce-

lebraron la ocurrencia. La Hna. Georgina no se había vuelto a acordar de lo acontecido hasta que Da. Inés terminó su relato.

—Bueno; me parece muy bueno, dijo entusiasmada la Hna. Georgina. Dígale a su hija María que ella será la primera Novicia. Razón tenía de estar entusiasmada. Dios es tan bueno, que cumple hasta los menores deseos de las almas que de veras lo aman.

El 22 de aquel mismo mes, vino la Srta. María Jiménez a llenar el puesto que había dejado vacío quien profetizara su entrada. Creyeron los Superiores conveniente, por la escasez de personal, imponerle el santo hábito enseguida y así se hizo, presidiendo la ceremonia el Sr. Provisor.

El 25 de agosto del mismo año, tocaba a las puertas del Hospital, pidiendo ser admitida, como en realidad lo fué, la Srta. Victoria Chuecos. El Buen Pastor empezaba su ronda .

¿Cualserá el nombre?

Indecisas estaban nuestras Hnas. sobre el nombre que había de llevar la presunta Congregación. A la Hna. Georgina le hubiera gustado que fuera del Sgdo. Corazón de Jesús y otras opinaban que de la Providencia, por los insignes favores que de Ella habían recibido. Al fin, no sabiendo decidirse por ninguno optaron por echar suertes sobre un cierto número de nombres escogidos. Salió el de Sta. Rosa de Lima. Sintieron por ello las Hnas. una viva alegría, pues tenían especial devoción a la Virgen Limeña. Participaron gozosas el resultado al P. Director, y a él también le agradó mucho la idea aunque no la confirmó enseguida.

Unos días más tarde, la Hna. Georgina se vió en la necesidad de firmar una nota oficial a nombre da las Hnas. y no sabiendo cómo hacerlo preguntó al P. Ramírez que se encontraba presente:

—¿Cómo firmo, Padre?

—Firme, contestó aquél con decisión: Hermanas de Sta. Rosa de Lima.

—Pero ¿no parece ése más bien el nombre de una Cofra-

da? ¿No será necesario agregar la palabra Caridad?

—Tiene Ud. mucha razón. Hna. Georgina, no había pensado en eso. Firme entonces así: Hermanas de la Caridad de Sta. Rosa de Lima. ¿No le parece bien?

—¡Magnífico! Y así firmaremos siempre, ¿no es verdad?

—Exactamente.

El P. Ramírez sonrió al ver la infantil alegría que iluminaba el semblante de la Hna. Georgina y en el cielo probablemente sonreiría también la Virgen Limeña.

Detalle interesante

Por el mismo tortuoso camino por donde meses antes se habían perdido de vista las Hnitas. de Sta. Ana, se acercaban ahora a la ciudad amable, dos de ellas.

Vienen acompañadas de varios jóvenes.

A medida que se acercan distinguimos en ellos y en una de las Hnitas. rasgos de p a r e n t e s c o. Si los observamos con más detención, descubriremos huellas de lágrimas. ¡Pobrecillos! Es que acaban de perder a su madre, y sin ella, hasta el ruido juguetón de la brisa entre los árboles, semeja un quejido. Nunca el monótono sonar de cascos sobre piedras pareciera tan fúnebre; ni tan lúgubre el cantar de las aguas que se divisan cercanas.

La joven Hna. cuya expresión de tristeza nos llama la atención se llama Enriqueta. Son los jóvenes, sus hermanos.

A los veinte años, Enriqueta había dejado sus amados padres, los piadosos y distinguidos Srs. Genarino Uzcátegui e Isabel Belloso, para dedicarse, en el seno de la Congregación de Sta. Ana, al servicio de Dios en el prójimo. Mucho sintieron en aquel hogar la separación de tal hija, pues Enriqueta era la alegría de todos y la predilecta de su padre. Aquél por quien los dejaba, sin embargo, se dignó consolarlos.

Hicieron por aquel entonces, las Hnas. de Sta. Ana una fundación en Ciudad Bolívar y entre las Hnas. enviadas allá fué la Hna. Enriqueta. Sus Superioras se fijaron en ella por ser la

actividad y celo por la gloria de Dios, sus características sobresalientes. A pesar de todo, en medio de sus múltiples quehaceres parecía hacerle falta alguna cosa. A veces sentía la extraña impresión de no estar allí sino por poco tiempo y cuando recordaba que su intención al ingresar en esa Congregación había sido morir en ella, no atinaba a comprender lo que en su interior pasaba. Para salir de la duda, le abrió su corazón al Confesor, quien procuró calmarla. Quiso hacerle ver que lo que sentía era una simple tentación.

La Hna. Enriqueta pidió entonces a Dios que alejara de su alma tan dura prueba, puesto que ella no quería otra cosa sino serle fiel hasta la muerte, pero sin ningún resultado. Un deseo intenso de marcharse a otra Congregación, se apoderó de su ser como única respuesta a su súplica. Pero ¿a dónde iría? Después de una terrible lucha interior, se decidió por la Congregación de Hnitas. de los Pobres. Escribió una larga carta a la Rvda. M. Superiora de aquélla, solicitando entrada y mostróla a su Director Espiritual. Este desaprobó rotundamente su proceder. —Si Ud. quiere, le dijo contrariado, puede enviar esa carta, pero para ello no tendrá mi consentimiento jamás.

Sumisa a la voluntad de su Confesor, en quien veía la de Dios, rompió aquella carta y ofreció a Dios no volver a tratar aquel asunto que tanto parecía disgustarle. En junio de 1900 recibió la Hna. Enriqueta la triste nueva de la muerte de su padre. Se le pedía que enviara a Mérida el poder para proceder a las particiones de la herencia. Su madre, que era quien le escribía, le suplicaba fuese ella misma a llevarlo para así tener el gusto de verla, quizá por última vez. Consultado el asunto con el Ilmo. Sr. Obispo de Guayana, obtuvo el permiso requerido y antes de un mes había salido para Maracaibo con otra Hna. por compañera. Llegadas allí, tuvieron noticia de que la fundación en Mérida ya no existía. A la Hna. Enriqueta le pareció entonces un verdadero imposible el que la dejaran seguir hasta su casa paterna. ¡Cuál no sería su sorpresa cuando oyó que la Superiora le decía: Puede S. C. ir a Mérida y hospedarse en casa de sus padres. Y para proporcionar el mismo placer a la Hna. Antonia Pino, se la daré por compañera.

Se pusieron en camino, llenas de contento, y durante aquel

viaje, que jamás olvidaría la Hna. Enriqueta, tuvo la noticia de la muerte de su querida madre.

Tenían ya varios días de estar en Mérida las dos Hnitas. de Sta. Ana cuando decidieron ir a visitar las de Sta. Rosa. Estando con ellas, la Hna. Enriqueta sintió en el alma con fuerza irresistible, que era allí donde Dios la quería. Comprendió en un instante el por qué de aquel ardiente deseo que hacía tiempo tenía, de abandonar la Congregación de las Hnas. de Sta. Ana. Ahora veía clara la voluntad de Dios y abriendo su corazón a la Hna. Georgina, le prometió volver dentro de poco para unirse a ellas si se dignaban recibirla. Esta, por supuesto, mostróse muy complacida y le prometió a su vez darla cabida en su pequeño redil.

Aquel día la Hna. Georgina postrada a los pies de Jesús no pudo encontrar palabras con qué darle las gracias.

La Hna. Enriqueta cumplió su promesa y el 3 de octubre de ese mismo año, entraba en la nueva Congregación con el beneplácito de sus antiguas compañeras y del Rvdo. P. Ramírez, cambiando su nombre de Enriqueta por el de Isabel.

Primera Superiora

El abnegado P. Ramírez, hacía ya algún tiempo que venía redactando de acuerdo con el Excmo. Sr. Obispo, un especie de Reglamento para la pequeña Comunidad compuesta al presente de seis Hnas. Recientemente había ingresado la Srta. Josefa Moreno, natural de Cacute.

El 15 de octupre de 1900 en solemne reunión delante del Smo. Sacramento, les entregó el folleto de las reglas que debían seguir, después de habérselas explicado punto por punto.

Aquel mismo día nombró a la Hna. Georgina Superiora de la Casa. Hasta entonces había presidido ella todos los actos; sin embargo, no se le daba el título de Madre por no haberle sido conferido y sus Hnas. se dirigían a ella sencillamente como a Hna. mayor.

Eran dos gracias especiales las que habían recibido en un mismo día y sus corazones rebosaban tanto agradecimiento y amor, que contagióse todo el mundo. Desde su trono, El Altísimo ha debido ver el Hospitalito en llamaradas.

Otra avecilla en la jaula

Desde el amplio corredor de su casa solariega, Eva María dejaba vagar su mirada sobre la graciosa campiña, buscando ansiosamente dónde posarse. La enredadera que siempre la encantaba y que muy cerca servía de policromado columpio a los pajarillos, tornábase incolora al acariciarla sus ojos ávidos de un horizonte más hermoso. El Astro Rey dejaba caer sus blondos rizos a través de las ventanas un día y otro día, y el alma de Eva María seguía flotando indecisa sobre un pensil de raras ilusiones.

¡Oh! ¿Qué era lo que le hacía falta? El bullicio de la ciudad le fastidiaba y el campo con toda su belleza no lograba sino aumentar su nostalgia. En busca de un remedio para su triste corazón, fuese luego a su buen confesor, quien conociendo las inclinaciones de aquella alma generosa y cándida, no esperaba sino el momento oportuno, para revelarle el más dulce de todos los secretos. Dios la amaba con amor inmenso y la llamaba a Sí.

Siguiéronse las pláticas privadas y las confesiones largas. Luego vinieron los disgustos, las dudas, y por último, la resolución tomada y llevada a efecto. Dejaba a su amado Padre y a su hermanita querida, pero no importaba. Llevaba en el alma a Jesucristo.

El 25 de marzo se hizo prisionera y el 29 de aquel mismo mes, Eva María, digna hija del ilustre Sr. Dr. José Ignacio Lares y de la noble dama Paz Ruiz, cambiaba su hermoso vestido por un humilde sayal de burdo paño negro. Hna. Luisa de los Dolores se llamó desde entonces.

Caricia

Eran ya varias las que reunidas en el Hospitalito, alababan a Dios adelantándose a la aurora y velaban durante todo el día y a veces también durante las interminables horas de la noche a la cabecera de sus hermanos los enfermos. Tanta abnegación no podía pasar inadvertida a los ojos de Aquel que ve lo más oculto, y decidió hacerles una caricia. Una de esas caricias que acostumbra El hacer a los que ama.

Para ello se valió de una esquelita enviada por el Gobierno Estadal. Y decía la tal esquelita con suma diplomacia, que se veían obligados a retirar por entonces toda ayuda monetaria. No era una parte, sino toda. Bien claro lo decía aquel papelucho que entre sus manos nerviosas estrujaba la M. Georgina, como pretendiendo borrar a fuerza de masajes aquellos repugnantes caracteres. Leía y releía, pero el mensaje seguía siempre el mismo.

Dándole luego poca honrosa sepultura en el fondo de una papelera, hizo llamar a una de las Hnas. y con ella se dirigió al Palacio. Cuando Mons. Silva se hubo enterado del asunto, quedóse un momento pensativo.

—Nada, dijo en tono resuelto, tienen que pedir limosna.

—¿Dónde? preguntó tímidamente la Hna. Georgina, vislumbrando en un instante el colosal sacrificio que aquello significaba.

—Aquí, en la ciudad. Y si es preciso, todos los días. No hay más remedio.

—Está bien, Mons.

Y sin agregar otra palabra más, besó arrodillada el anillo del Sr. Obispo quien la miraba con ojos entrecerrados. No quería que la M. Georgina se impusiera de su emoción.

Estaba de más la estratagema. Ella ni siquiera levantó la vista y por primera vez bajó aquellas escaleras sin saber si pisaba o no pisaba.

Desde el 27 de septiembre hasta principios del año 1902, fueron nuestras Hnas. con una enorme cartera en mano, pidiendo de puerta en puerta, una limosnita por el amor de Dios.

¡Oh, las caricias del Señor!

Una buena noticia

Con toda su atención escuchaba esta vez el P. Ramírez a su Hija espiritual. Tenía ella toda la razón.

—¿Hasta cuándo; hasta cuándo estaremos así? terminaba diciendo la M. Georgina. Padre, ¿no estará pensando todavía Mons. en darle estabilidad a la Congregación?

—Hay que tener paciencia, hija mía. Esperemos unos días más.

La resignación de la M. Georgina debió ser perfecta pues aquellos "días más" se convirtieron en uno sólo. Al día siguiente se presentó de nuevo su insigne Director con la cara de Pascuas y tan pronto como se encontró solo con la Superiora de la Casa, le dijo: —¡Madre, Madre! una buena noticia! Figúrese Ud. que sin tocarle el punto a Mons. me ha hablado de la Erección Canónica.

Lo que entonces sintiera la M. Georgina apenas nos es permitido imaginárnoslo. No siendo todavía noticia pública, tuvo ella que guardarse el seceto y sus Hijas se preguntaban unas a otras: ¿Qué buenas nuevas tendrá la Madre que sola se ríe?

No tardaron en saberlo. Mons. Silva, personalmente, le participó su resolución: había decidido erigir canónicamente la naciente Congregación. Llena de contento lo comunicó a sus Hijas y todas juntas bendijeron al Omnipotente.

Se fijó la fecha para el 21 del próximo febrero.

Víspera

Todo estaba preparado para la imposición de hábitos.

Hacia el mediodía del 20 de febrero, llegó Mons. Silva más amable que de costumbre, trayendo consigo al Sr. Provisor, al P. Director y su Secretario.

Sentado en la sala de recibo fué haciendo la exploración de las voluntad a cada una de las Hnas. Pasando luego al Oratorio bendijo los hábitos allí perparados, que, como ya sabemos, eran de lana negra, y empenzando por la M. Georgina, se los impuso, siguiendo las ceremonias de rúbrica. Se encontraban allí de rodillas y como extáticas de gozo esperando su turno, las Hnas. Julia Picón, María Jiménez, Isabel Uzcátegui y Antonia Pino.

Esta última había también pertenecido a la Congregación de Sta. Ana. Fué ella la compañera de la Hna. Isabel en su primer viaje a Mérida y probablemente desde entonces tomó la resolución de cambiar de hábito, aunque no lo pudo llevar a

efecto sino mucho más tarde. En el siglo se la conocía con el nombre de Angela.

Terminado que nubo la sencilla ceremonia de la imposición de hábitos, la M. Georgina emitió sus votos perpetuos. Esta era la voluntad del Excmo. Sr. Obispo.

El incidente más conmovedor de aquel día fué el ver a la M. Georgina arrodillarse delante de su anciano padre para pedirle la bendición, poco antes de entregarse para siempre a Dios en un acto público. El Dr. Febres Cordero, algo encorvado, quizá más bajo el peso del dolor que le causaba aquella separación que bajo el peso de los años, levantando su mano en alto, la bendijo.

Esa noche las Hnas. se retiraron a sus celdas tarde. Habían trabajado más de lo acostumbrado en los preparativos del siguiente día, pero ¡cosa extraña! no tenían sueño. De buena gana hubieran esperado levantadas el inmortal amanecer de aquella fecha egregia. Sin embargo, la Regla les pedía un sacrificio más: tuvieron que dormir.

Pero no hicieron lo mismo las estrellas. Parpadeaban muy despiertas en despejada bóveda. Más, ¡oh, dolor! que asomó de súbito el soberano del espacio con su séquito de rayos deslumbrantes y no hubo más remedio que ocultarse. Y hasta lo hicieron con alguna más ligereza que de costumbre, ya que los rayos solares ese día, irradiaban fulgores inusitados.

Erección Canónica

Alegre repicar de campanas; música; cohetes; gritos agudos de chiquillos tempraneros....Pocos serían los que pudieron dormir aquella mañana en el vecindario.

Pasaron unas horas.

Suenan por fin las nueve da la mañana. Sobre el altar que ostentaba artística vestidura de gala, chisporroteaban, casi hablando de entusiasmo, seis cirios inmaculados. Señal inequívoca de una gran solemnidad.

Pero, por si acaso nos quedase alguna duda, mirad: uno a uno van llenándose los bancos de la Sta. Capilla. Las personas de abolengo parecen olvidar su condición y se mezclan

con el pueblo, como forzosamente nos tendremos todos que mezclar el día del juicio. La elegante dama se encuentra sin saber a qué horas, junto a la cocinera de su amiga, si no resulta ser la suya propia. ¿Desagradable? Quizás. Pero no es esta la ocasión propicia de abandonar puestos. Una Erección Canónica no se ve todos los días.

¡¡Erección Canónica!!

—¿Qué es eso? se preguntarían sin duda unos a otros los del populacho.

—Pues, ¿qué va a ser? conestaría en tono perentorio alguna viejecita rezandera. Una bendición especial que les va a echar el Sr. Obispo a las monjitas.

Y los otros enmudecerían convencidos.

No dejaban de tener razón. El pueblo, en su ignorancia, opta por sintetizar a su modo y lo hace a veces a las mil maravillas. Solamente que en este caso se quedaba corto. No era una sino un sinnúmero de bendiciones las que bajarían del cielo sobre las monjitas.

Interrumpieron pensamientos de variada especie los preludios de una marcha triunfal. Abriéndose paso entre la gente, subían tres jóvenes coronadas de azahares. Irradiando felicidad más que humana, se arrodillaron en las gradas del presbiterio, aras sobre las cuales iban a ofrecerse en holocausto dentro de unos instantes. Leyó entonces el Notario Eclesiástico el Decreto Episcopal de Erección Canónica, en medio de un silencio profundo. Acto seguido, las novias fueros despojadas de sus preciosos velos y recibieron de manos del Ilmo. Sr. Obispo, el tosco sayal de las esposas de Cristo. Las agraciadas eran: Hnas. Luisa Lares, Josefa Moreno y Rosa Chuecos.

A esta sencilla cuanto atractiva ceremonia, siguió el Sto. Sacrificio de la Misa. La tarde de aquel mismo día, hicieron sus votos por un año, las Hnas. Julia Picón, María Jiménez, Isabel Uzcátegui y Antonia Pino. En este acto dirigió la palabra a las Hnas. Profesandas y a los presentes, el Sr. Pbro. José Elías Silva. Se clausuró con un solemne Te-Deum.

Para cerrar con broche, más que de oro, de diamantes, tan delicioso día, tuvo lugar en el Hospitalito una reunión de sacerdotes y de algunos altos dignatarios de la ciudad, presidida por el Excmo. Sr. Dr. Antonio Ramón Silva. Como apertura se dejaron oír los acordes de música selecta y cuando hubieron vibrado, melodiosas, sus últimas notas, el Sr. Obispo declaró instalada y erigida públicamente la Congregación de Hnas. de la Caridad de Sta. Rosa de Lima; no sin antes haber leído de nuevo ante el escogido público, el Decreto de Erección Canónica.

Cuando el Prelado hubo terminado su alocución, fueron acercándose a su solio las Hnas. de dos en dos. Con gesto verdaderamente paternal, entregó a cada una de ellas el pequeño Crucifijo, imagen de Aquel a quien acababan de hacer promesas tan halagüeñas.

El egregio cantor de las nieves eternas, Dr. Tulio Febres Cordero, y el no menos ilustre Dr. Jaime Picón Febres, subieron a la improvisada tribuna y felicitaron a la nueva Congregación al mismo tiempo que en nombre de toda la sociedad merideña, daban las más sentidas muestras de gratitud al Sr. Obispo, por favor tan singular como dispensaba a la ciudad serrana al erigir canónicamente el nuevo Instituto. La niña María Edilia Carnevali presentó graciosa y gentilmente una ofrenda al Excmo. Sr. Obispo, acompañando su acto, con una bella recitación. Mons. declaró entonces terminada tan amena reunión, con unas palabras impregnadas de amabilidad y aliento para las futuras atletas de la Caridad.

Sobre una de las vetustas paredes que sabían de sacrificio y oración, un severo almanaque marcaba el 21 de febrero de 1903.

Celebrábase ese día el Jubileo del Sto. Papa León XIII, de santa memoria.

Primeras fundaciones. Enfermedad y muerte de la Madre Georgina

Han pasado cuatro años. Plenos estuvieron de gracias y bendiciones de lo alto pues se llevaron a efecto las fundaciones de San Cristóbal y Rubio. En la pri-

mera se trataba de un Hospital de huérfanos y de un Hospital en la segunda.

No podemos recordar esta última, sin asociar a su recuerdo el de la ilustre dama Dña. Eumenia de Pulido. Supo, no sé por qué conducto, que nuestras Hnas. pasaban días enteros sin probar otra cosa que lechosa cocida, por la pobreza grande en que vivían, y su corazón maternal no pudo sufrir tal penuria. Allá se encaminó envuelta en su gracioso mantolón que tanto nos recuerda las antiguas matronas de la nobleza española. Llevaba escondida entre sus pliegues una buena limosna que su generosidad puso a disposición de las pobrecitas de Cristo. Difícil sería indicar hasta dónde llegó la gratiud de aquéllas.

Por aquel enonces había en la ciudad de Rubio un grupo de individuos cuya ideología anticlerical los convirtió en enemigos nuestros. Con la actividad febril y apasionada que caracteriza a los perseguidores de la causa de Cristo, declararon guerra abierta al apostolado de caridad que se iniciaba en el Hospital Padre Justo. No desfalleció la confianza de las nuestras y pronto surgieron, como ángeles enviados del Señor, que a los suyos jamás abandona, los R. R. P. P. Ovidio Olivieri y Bernabé Vivas. Hicieron magistralmente su papel como tales y pronto reinaron de nuevo la paz y la tranquilidad.

La separación de las Hnas. que fueron a integrar el personal de las nuevas fundaciones, aumentó el trabajo de las que quedaban en Mérida.

La M. Georgina, que venía quebrantada de salud desde algún tiempo atrás, con este exceso de trabajo se debilitaba más cada día. En Octubre de 1908, hizo por tercera y última vez su visita a las Casas de El Táchira. Aquellos viajes tan largos por hacerse entonces a caballo, eran verdaderas vías dolorosas para la buena Madre. Pero ¿Qué hacer? era necesario cumplir con su deber y estaba dispuesta a sacrificar hasta su propia vida por el bienestar de sus queridas Hijas.

En este último viaje se ha debido sentir más enferma que nunca pues dejando a la Hna. Luisa de los Do-

lores en el Hospital de Rubío como Superiora, trajo consigo a la Casa Madre, a su compañera la Hna. Julia fundadora de aquel establecimiento. Se hacía necesario tener a su lado a quien desde el principio le había comunicado aliento con su virtud alegre y su gran capacidad para el sufrimiento. Teniéndola junto a sí, sería distinto. Parece que Dios no esperaba sino aquel paso dado por amor suyo, para exigirle otros que fueran marcados con el mismo sello.

La enfermedad nerviosa que padecía, la arrastraba con velocidad hacia Aquel que estaba ya deseoso de tenerla junto a sí. Llena de angustia la Hna. Julia no sabiendo ya qué hacer para retenerla unos días más acá en la tierra, le dijo una tarde llena de congoja:

—Madre S. R. está muy agotada y si no se toma un tiempo de descanso, pronto se verá obligada a dejarnos. ¿No le parece bien a S. R. pasar una temporada en el campo?

La M. Georgina, deseosa solamente de cumplir la voluntad de Dios, ante aquella proposición guardó silencio. Como iluminada de súbito, contestó luego a la Hna. Julia que esperaba una respuesta.

—Hna., si Mons. accediese a ese su deseo, iré gustosa.

De más está decir que la Hna. Julia no perdió tiempo en comunicarle su idea al Sr. Obispo a quien parecióle muy acertada. Había que hacer lo posible por conservar la vida de la M. Georgina. Perder la Congregación tan a su principio la pimera de sus fundadoras, era algo que desconcertaba. Era preciso agotar todos los recursos.

En vista de esto y convencida de que aquel sacrificio se lo pedía su Divino Esposo, quiso consumarlo. Se hicieron todos los preparativos del caso y con el corazón oprimido se despidió de sus Hijas, llevando consigo una de ellas a habitar una casita en las afueras de la ciudad. A pesar de toda precaución tomada y del derroche de caridad de sus Hnas., daba seguras señales de que no era temperamento terrenal lo que ne-

cecitaba sino el respirar las brisas confortantes que corren allá arriba. Su honorable familia obtuvo un permiso especial del Prelado para trasladarla a su casa solariega. Por supuesto que una de nuestras Hnas. la acompañaba siempre.

Inútil fué toda tentativa y con gran dolor de todas sus Hijas, y de aquéllos que supieron apreciar la nobleza de su corazón y el elevado temple de su espíritu, moría poco después a la apacible sombra que le hacía una vida toda llena de heroísmos. Moría sin darse cuenta en su humildad, que dejaba tras sí una senda bien marcada que más tarde trillarían falanges dominicas con admirable facilidad, por estar ya humedecida con su sangre.

San José hace de las suyas.

La escena que se sigue tuvo lugar durante una de las recreaciones de setiembre del año 1917, en el Hospital San Juan de Dios.

Hacía ya algunos instantes que charlaban entusiasmadas nuestras Hnas. sobre el visible progreso de la Congregación y el giro favorable que tomaban las cosas, cuando observó la Madre Julia, sucesora de N. M. Georgina en el Generalato:

—¡Qué bueno sería tener otra casita donde pudiéramos practicar la caridad a nuestras anchas, como por ejemplo en la formación de niñas. ¿No les parece?

A la M. Margarita del Corazón de Jesús, sí que le pareció; y tan bien le pareció, que inmediatamente propuso:

—¿Por qué no empezamos enseguida? Dios es omnipotente.

La confianza ciega en Dios, ha sido siempre la característica de la M. Margarita, y en aquellos primeros tiempos, obró ésta prodigios. Todas habían acogido la idea con benevolencia, pero en la imaginación de la M. Margarita no había idea que valiera. La nueva casita era un hecho. Ella ya la veía con sus limpios corredores

y sus jardínes. Mas, ¿quién sería su abogado? ¿Qué santo sería suficientemente amado de Dios para que su obra temeraria no se viniera abajo?

Un día llegó a visitarlas el por aquel entonces, Pbro. Dr. Dubuc, y hoy digno Obispo de la Diócesis de Barquisimeto, y dijo a la M. Julia:

—Desearía dirigir algunas palabras a todas las Hnas. reunidas.

La Madre, sin saber de qué se trataba, las hizo llamar, y una vez presentes y en respetuoso silencio, el Padre Dubuc se expresó en tono de gran solemnidad, como si se tratara de un selecto auditorio, diciendo:—Dios ha escogido a San José para que sea especial Protector de la Congregación de Sta. Rosa de Lima. La Vieja es quien manda decir esto.

"La Vieja" era el nombre familiar y lleno de ternura con que el Padre Dubuc designaba a la Sma. Madre de Dios.

Al oír aquello las Hnas. aplaudieron llenas de contento. Los aplausos de la M. Margarita sobresalían. Ya estaba el Ayudante listo. ¡San José! Lo que faltaba era proceder. No se imaginaba por qué lado iba a brotar la casita, pero de que iba a brotar estaba segura.

No se engañaba. El que confía en Dios nunca se engaña.

No habían transcurido muchos días, cuando llegó a tocar las puertas del Hospitalito, un joven. A la Hna. Portera preguntó por la Madre y al salir ésta se explicó así:—Mamá desea hablar con Uds., pero como se encuentra enferma, quisiera saber si no podrían tener Uds. la amabilidad de pasar por casa.

Cumplida su misión se despidió el joven respetuosamente, después de haberle asegurado la M. Julia que tendrían mucho gusto en complacer a su mamá.

No tardó mucho la Madre en ir a visitarla y después de cruzar las primeras palabras, la Sra. expresó el deseo sincero que tenía de regalar a las Hnitas. una casita para que ellas la dedicaran a la obra de benefi-

cencia que mejor les pareciera. Esto diciendo, entregó a la Madre la escritura y las llaves de la nueva casita milagrosamente obtenida.

La generosa señora era la culta dama Dña. Josefa de Salas.

Su nombre no se borrará jamás de nuestras memorias, ya que esta historia está impresa en lo más hondo de nuestros corazones y nuestros labios no se cansarán jamás de repetirla. A ella debemos las bases de nuestra Casa Generalicia y del querido Asilo San José de la Sierra. Mucha virtud tenía que abrigar su alma noble cuando San José la escogió para hacer alarde de su inmenso poder ante las gentes.

Y claro; si San José había conseguido la casita, era muy razonable que llevase su nombre. Era de ver la alegría que reinaba entre las Hnas. cuando a su regreso, narró lo sucedido la M. Julia. La M. Margarita no sabía qué hacerse y con las manos juntas, dando vueltas como una chiquilla a quien acaban de dar un caramelote, decía:— ¡Será la casa de las niñas pobres! ¡Será la casa de las niñas pobres!

Los ángeles en el cielo contestaron: ¡Amén!

San José estaba haciendo de las suyas. ¡Y de las grandes!

Una oveja de otro redil.

En el mes de noviembre de aquel mismo año. de 1917, el Gobierno del Edo. Trujillo exigió a la M. Julia un número, aunque fuese pequeño, de Hnas. para que se hiciesen cargo del Hospital de la ciudad del mismo nombre.

Dña. Jesusita, piadosa y culta esposa del Gral. Timoleón Omaña, entonces Presidente del Edo., fué la que inició esta fundación. Haciendo mil sacrificios, por el reducido número de Hnas. que entonces éramos, se accedió a esta solicitud. Un grupo de damas recibió y atendió con suma solicitud aquéllas de las nuestras que fueron enviadas, quedando a la cabeza de la nueva Ins-

titución, la Rvda. M. María del Sgdo. Corazón de Jesús.

A su regeso de Trujillo, encontró la M. Julia que la M. Margarita tenía ya la nueva casita organizada maravillosamente. Algunas señoras caritativas de la ciudad, habían contribuido, asediadas por el fervor de aquélla, con camas, loza, colchones y otros útiles. No faltaban sino las Hnas. La M. Julia opinó, sin embargo, que no era prudente el traslado de las Hnas. a ésta, sin hacer antes en ella algunos trabajos de reparación de urgente necesidad. Pero ¿Cómo hacerlo sin dinero?

—¿Por qué no recolectarlo? sugirió la M. Margarita.

Esta poposición pareció razonable a la M. Julia y al cabo de unos días salían la M. Margarita y su compañera en la primera de sus famosas recolecciones, a correr mundo en busca de dinero. Es casi innecesario decir que se llenó la bolsa muy pronto porque ya se sabe que a la M. Margarita nadie la deja con la mano extendida. Sin embargo, con la misma rapidez con que se llenó, quedó vacía la bolsa a su regreso y salió la buena y abnegada Madre en una segunda recorrida por campos y ciudades.

Fué en este segundo viaje en el que ella recolectó no solamente dinero, sino lo que es mucho más valioso: un alma! He aquí la historia:

Hacía dos años que la joven institutriz norteamericana, Lydia Hamel, había dejado su patria con la familia Burguera de la ciudad de Tovar y con ella al presente se encontraba. Varios años atrás había recibido del cielo una luz especial sobre la falsedad de su religión Protestante y comprendiendo que en ella no se encontraba la verdad por la que suspiraba todo corazón humano, pedía a Dios con instancias le señalara el camino que la debía conducir a la misma. A pesar de este deseo que la atormentaba, no toleraba al principio que le hablasen de la religión Católica. Poco a poco, sin embargo, las buenas relaciones que mantenía en la ciudad de Tovar con algunas familias piadosas, destacándose entre ellas la familia Molina, le fueron proporcio-

nando suficientes conocimientos sobre la belleza de nuestra fe. Sin darse apenas cuenta de ello iba cobrando cariño a los santos, como lo prueba el siguiente detalle:

Había en el salón de estudios de las niñas que tenía bajo su cuidado, una graciosa imagen de San José. Las chiquillas acostumbraban obsequiarla con frescas flores todos los días y Lydia las miraba extrañada sin comprender. Sucedió que un día no practicaron aquel acto de amor sus discípulas y Lydia, como si se sintiera ofendida por ello les dijo: Niñitas, hoy no habéis puesto flores a San José!

Una noche después de retirarse a su habitación, empezó a oír ruidos siniestros. ¿Serían quizá almas del

---

NOTA: Por aquellos días tuvo dos sueños que le causaron mucha impresión. En el primero vió un hermoso carruaje donde le parecía ver sentado el Pastor de los Cristianos, como ella graciosamente decía. Atravesaba las calles de la ciudad pero con gran asombro suyo nadie salía a recibirlo. Impelida por tal actitud, salió ella a su encuentro, ofreciéndole su mano para ayudarle a bajar. El gran personaje aquel, tomándosela con todo cariño le dijo al hacerlo: Tenga una conferencia con el Padre Amable. Al oír esto despertó. Lydia, obedeciendo la voz del misterioso sueño, se comunicó con el referido sacerdote, quien le dió algunas ligeras explicaciones y le facilitó la lectura de libros piadosos.

En el segundo sueño se encontró con dos Hnas. vestidas de negro con el hábito que entonces llevaban las nuestras. Le simpatizaron mucho y con ellas se fué. Llegaron a una iglesia donde las esperaban muchas otras igualmente vestidas en una capillita contigua. Todas recibían un Algo que el sacerdote les ofrecía por la reja. Ella también hubiera querido acercarse pero no le era posible, sin saber por qué. Fué en cambio conducida al altar y allí, con las manos sobre un Libro grande, articuló algunas palabras en voz alta. Luego sintió le cambiaban el velo que llevaba sobre la cabeza por un especie de cofia unida a larga y elegante capa. Poco después este sueño singular era un hecho.

otro mundo, que según había oído decir, venían a pasar su purgatorio a esta vida? Si serían o no serían, o qué sería, nadie se lo podía decir en aquellos momentos de intenso sufrir. La cosa fué que ella sintió miedo horrible que le hacía crecer la cabeza mucho, mucho, mucho, hasta sentirla casi del tamaño de la estancia donde se encontraba su afligida persona. ¿Qué hacer en trance tan macabro? ¡Ah! Ya sabía. ¡Se haría la señal de los Católicos! Sí; ella había oído decir que ahuyentaba los espíritus malignos. Esa que tantas veces había observado con curiosidad suprema, en sus discípulas y amigas. Y....manos a la obra....temblorosa....casi muerta de espanto. Pero.... ¡Dios de cielos y tierra! La pobrecilla no sabía por dónde empezar. Al fin se decidió trazando sobre sí un gran número de líneas horizontales, verticales, oblicuas y en todas las direcciones que inventado haya la Geometría. Con ellas se dibujaron variadísimas figuras, ¿estaría entre ellas la de la cruz? Sin duda alguna, ya que el miedo fué disminuyendo paulatinamente. A la mañana siguiente, la encontramos aprendiendo a persignarse en casa de las Srtas. Molina. Temía el retorno de los espíritus.

Una mañana mientras se encontraba en la Iglesia a donde fuera para meditar sobre algunos misterios de nuestra Religión que la t raían perpleja, se hizo a sí, misma esta pregunta: ¿Por qué será que los católicos rinden adoración a la cruz? Clavó su mirada entonces en una cruz sencilla que había sobre el púlpito, y vió con gran asombro que lentamente aparecía sobre ella la figura del Divino Crucificado. Impresionada cerró los ojos creyéndose víctima de alguna alucinación mas al abrirlos de n uevo todavía se destacaba la sangrienta forma de nuestro Redentor sobre el madero santo.

¡Oh, qué bueno era el Dios de los Católicos y cuan delicadas y bellas sus lecciones! Tenían razón en adorarlo. Sí, lo comprendía perfectamente pero....¿qué pensaría de todo a quello su familia? Tenía muchos deseos de volver a abrazar a su buena madre y hermanitas. Además, habiéndose terminado el contrato hecho con la familia Burguera e imposibilitando mil inconvenientes su reanudación, era necesario volver a su tierra natal.

En estas andanzas se encontraba cuando llegaron a Tovar la M. Margarita y su compañera. Nuesta Lydia las divisó en la calle de lejos y quiso hablarles. No se atrevió sin embargo y sacrificando su anhelo, se resignó a no volverlas a ver. ¡Cuál no sería su sorpresa cuando al regresar a casa aquel día las encontró hospedadas allá! Sí; Dios providencialmente las había conducido a pedir hospedaje junto a aquella amable gente y lo habían encontrado muy cordial.

Durante aquella convivencia, Lydia cobró gran cariño a nuestras Hnas. y se sentía atraída hacia ellas por una fuerza sobrenatural que ella apenas comprendía. Después de una corta permanencia en Tovar, salieron las Hnas. para Zea a la recolección y después de algunos días, de aventuras y trabajos, regresaron a la casa de la Sra. Burguera.

—¿Quién las acompañó en el viaje? preguntó una de las señoritas a la M. Margarita.

—San José. San José nos llevó, San José nos trajo. San José lo hizo todo.

Hizo gracia este lenguaje de confianza a Lydia, sintiéndo una dulce impresión en el alma. Aquella mañana había dicho ella que ese día tenía que partir. Esto sin tener aún compañera de viaje que en aquellos tiempos era imprescindible por tener que hacerse a caballo. Por eso, cuando más tarde oyó decir a la M. Margarita que aquel mismo día seguiría para Santa Cruz, se alegró intensamente pensando que las Hnas. serían sus compañeras de viaje hasta aquel punto y de allí le sería menos peligroso seguir hasta San Buena para luego despedirse de la hospitalaria Venezuela y partir para su querido hogar en el Norte.

Claro está que la M. Margarita le dió muy buena acogida a esta proposición pues se decía: Magnífica ocasión para predicar y cazar almas! Tenía razón. Fueron tantas las cosas bellas que en aquel trayecto dijo la M. Margarita sobre nuestra sacrosanta Religión, que Lydia estaba casi decidida. Al llegar a Santa Cruz y sin más preámbulos dijo bruscamente la Madre: Lydia, sigamos a Mérida. La Hna. Cecilia, estupefacta ante tal

osadía, se atrevió a argüir: "Madre, ¿a Mérida"? Y qué va-a hacer S. R. con esta joven protestante en Mérida?

Las almas grandes y sencillas todo lo solucionan con asombrosa facilidad porque tienen su confianza puesta en Quien lo puede todo. Por eso la M. Margarita insistió. ¡Cuál no sería la sorpresa de la Hna. Cecilia al escuchar que Lydia, con gracioso acento extranjero, contestaba vencida: "Bueno, Madre, vamos a Mérida".—Seguramente en aquel instante, el corazón de la joven institutriz, manaba sangre. ¡Oh! acababa de renunciar a todo lo que le era más querido: a su familia entera y a su patria. Pero sobre todo, a su madre! ¡Su madre! ¿Qué hará su madre cuando sepa que su hijita querida no volverá ya más a hablarle? Era demasiado. Pero.... ¿y su alma? ¿No valdría más su alma?Indudablemente. Por eso no volvió atrás en su determinación y lo que es más aún, esforzába' por aparentar un semblante sereno aunque sentía que aquella alma que tanto le estaba costando, s e le desgarraba de dolor; el más agudo quizá que jamás hubiera sentido.

Después de lucha tan terrible siguió la pequeña cabalgata. Al pasar por la población de San Juan, cuando vió el cariño con que colmaban de atenciones a la M. Margarita sus familiares, recordó con más claridad las escenas solariegas y desfilaron ante sus ojos, con la rapidez propia de la imaginación, cada uno de los seres queridos. Sin poderlo evitar se deshizo en llanto.

Pero la caridad hace milagros; y fué tal la dulzura y la fuerza de persuación que la M. Margarita supo comunicar a sus palabras que antes de mucho tiempo todas aquellas imágenes desaparecieron para surgir en su lugar una sola: la de un Dios infinitamente amable que sería su eterna recompensa por haber abandonado por amor suyo: su patria, su casa, su madre y sus hermanos.

La gracia había vencido. Un alma más arrebatada al genio de la mentira.

Imposible pintar el regocijo con que fué recibida por

sus futuras Hnas. Sí; eso era lo que deseaba la M. Margarita y lo que pretendía; que fuera Religiosa. Durante todo el camino, habiendo sondeado los sentimientos de Lydia y hallándolos plenos de nobleza y heroicidad, comprendió que el mundo no era digno de poseer su alma. Quedó por lo tanto, agrablemente sorprendida cuando Lydia le explicó en su sencillo lenguaje, la atracción que en el fondo de su alma la había inclinado siempre a lo sublime y grande. ¿Y qué más grande que ser esposa de un Dios?

Inmediatamente después de su llegada a Mérida se hicieron las diligencias del caso para que recibiera una explicación diaria sobre las verdades de nuestra fé. Explicación que duraba casi tres horas. En pocos meses estuvo preparada, a juicio del Rvdo. P. Rector del Seminario, Dr. Dubuc, quien fué nombrado por el Excmo. Sr. Arzobispo como examinador.

El 5 de abril fué el escogido para recibir tantas gracias como llovieron aquel día sobre la afortunada Lydia: Penitencia, Bautismo, Confirmación, abjuración de su falsa religión en presencia del Sr. Obispo y varios sacerdotes; y además, Primera Comunión. Con su vestido blanco aparecía angelical y en su semblante se reflejaba un no sé qué de divino que encantaba y atraía. Era que Dios seguramente se encontraba muy complacido en su corazón y quería con alguna señal mostrarlo a lo exterior.

Meses después recibía el Sto. hábito tomando el nombre de Sor María de San José.

Y durante estos últimos acontecimientos, ¿qué hacía la M. Margarita?

Pues, sencillamente, no cabía en sí de gozo. Había traído mucho dinero para su querida casita de San José y un alma preciosísima para Jesús.

Recolecciones.

—Madre Margarita, ¿querría S. R. decirme por qué tiene esa cicatriz en la nariz? preguntó sin más ni más una Hermana joven en una recreación.

Risa unánime, tras de la cual la M. Margarita quiso complacer a quien la interrogaba. Empezó así:

Era un hermoso día; hermoso como pocos, y cabalgaba yo con mi buena compañera, Sor María de la Encarnación, en dirección a San Miguel, Edo. Trujillo. Habíamos salido aquel mismo día de Piñango. De repente, el caballo que montaba se asustó y empezó a nacer cabriolas como hacen en los circos. Llevaba en el galápago un carriel con azucenas benditas de San José, novenas, triduos y oraciones varias que con los saltos del animal se abrió y obsequió al aire con lo que por dentro llevaba. Estos papeles, revoloteando en torno de la cabeza de mi pícaro corcel, lo pusieron en estado tal de nerviosidad, que decidió emprender carrera para librarse de aquella lluvia molesta. Así lo hizo, en efecto, dando con mi pobrecita figura contra un árbol que, si no me dejó pasar de allí acarició mi nariz con demasiado cariño abriéndola en dos. Al suelo vine a dar toda ensangrentada, y el caballo, furioso, se abalanzó contra mí. Por fortuna, un pobre y valiente hombre que cerca vivía y que había estado observando la escena, se apresuró a impedirle me hiciera daño. Condujéronme enseguida a la casita vecina y sobre una cama vieja que había en el corredor, mi amable compañera practicó en mi doliente nariz una cura algo original. Me limpió pimero con dioxogen que prevenidamente llevaba en su maletín de viaje y luego, perpleja ante mi naricita abierta en dos partes, sin tener esparadrapo ni gaza ni cosa que se le pareciera, decidió por fin juntar las dos partes, quieras que no, ¡con una hebra de hilo! No había más remedio; aquella misma tarde seguimos nuestro camino después de buscar un caballo que tuviera un poquito más de educación.

—Madre, ¿y no le dolía mucho?

—Mucho, hijita, pero era tanto mi anhelo de ver terminada la Capilla de San José que todo se me hacía nada. Y por la gloria de Dios, ¿qué importaba mi nariz?

¡Qué buena es la M. Margarita! Su generosidad para con Dios no tiene límites y es muy propio de ella sa-

crificarse por el prójimo con facilidad asombrosa.

Su ejemplo lo siguieron muy pronto otras Hnas. Sor Trinidad de la Virgen María y Sor María de San José se distinguieron igualmente por el celo y actividad que desplegaron en sus correrías, llenas todas de incidentes cómico-trágicos. Dios, que observaba el menor de sus pasos movió los corazones de ricos y pobres de tal modo, que al año siguiente se pudo, (1918) con honda satisfacción de todos, proceder a la bendición de la casita el día 19 de marzo y empezar los trabajos de nuestra hermosa Capilla y Casa Madre. En abril de aquel mismo año 18, se trasladaron a la nueva residencia la M. Julia y las Hnas. Francisca, Jesús y Escolástica. Se abrió el Asilo con 14 niñas.

Fulgores Josefinos.

Iluminaron por primera vez las verdes faldas de la Sierra Nevada el 1º de enero de 1920, día en que celebraba la Iglesia el cincuentenario de la declaración del Patrocinio de San José. Era su Director el Pbro. Dr. Guillermo Parra, insigne benefactor de la Obra y Capellán del Asilo en aquel tiempo.

En la primera página del periodiquito, aparece, magnífico un hermoso clisé del Glorioso Patriarca San José. Rozan sus sandalias la superficie del univeso; abraza con su mano derecha el gracioso cuerpecito del Niño Jesús, y en su izquierda ostenta el inmortal emblema de la pureza: una vara de azucenas. A sus pies revoletean ángeles y querubines, y en el fondo de destacan airosas las montañas serranas. La expresión de sus ojos es profunda y la serenidad de su rostro virginal hechiza a quien de cerca lo contempla.

¿Quién fué el afortunado pintor que logró dar expresión tan pura y divina a nuetro bendito Santo de la Sierra?

La tradición corre así: El Rvdo. y venerable Padre Luis Apolinar Granados, de vida santa y austeras costumbres que no lo hacen menos amable para con el pró-

jimo, nabía sido favorecido por el Santo Carpintero con una gracia especial. Lleno de gratitud hacia su Protector, habló al célebre pintor colombiano Marco L. Mariño, con el fin de que pintase al óleo una imagen de San José para ofrendarla a la Capilla que llevaría su nombre y que estaba en fábrica. Al pintarlo, el artista ha debido recibir alguna inspiración divina; de otro modo no se explica el sentimiento de profunda tranquilidad y esperanza que experimenta todo el que lo venera.

Pero volviendo a los "Fulgores Josefinos": sin que se sepa a punto fijo el verdadero móvil de cambio tan repentino, nuestro periodiquito optó por cambiar de nombre, sufriendo una metamorfosis completa. Probablemente el titulo de "Fulgores Josefinos" era demasiado grande y sublime para hacer propaganda a una obra tan humilde, y cuando nadie lo esperaba hé aqui que apareció "La Hormiguita" en su lugar.

Aconteció el cambio en enero del año 1925 y en el primer número dice así: "Morir, lector, dijo ya uno, es renacer; y el aliento que inspiraba la antigua hojita resurge hoy más animoso y templado a continuar la obra emprendida".

El editorial, cuyas primeras palabras son las antecedentes, procede a explicar que el fin que se propone dicho periodiquito, es tan sólo extender y propagar por todos los rincones de nuestra querida Venezuela, la devoción al Castísimo Esposo de la Madre de Dios, y allegarnos algunas limosnas para sus huerfanitas.

Los Fulgores Josefinos apenas contaron cinco años de existencia, pero tuvieron la gloria de publicar en sus páginas, la reseña de la bendición del Santuario de San José, concluido en agosto de 1922.

Fijóse la fecha de la solemne bendición, para el dia de nuestra excelsa patrona Sta. Rosa de Lima, Resultó un verdadero éxito. El Ilmo. Sr. Obispo, Antonio R. Silva, acompañado de los Sres. Canónigos y de otros Vbles. Sacerdotes, entre los cuales figuraba el actual Obispo de la diócesis de Barquisimeto, Mons. Enrique Mª Dubuc, presidió la ceremonia.

Los fieles todos, y muy especialmente los devotos Josefinos, acudieron en tropel para ver con sus propios ojos las maravillas del Santo. En verdad que era inusitada maravilla el haberse levantado tan gracioso Santuario a base de limosnas. Cada una de las arenillas que lo solidaban parecían gritar al son de los acordes musicales y al estrepitoso e incesante sonar de los cohetes: "Mirad que es poderoso San José. Venid y pedidle". Todo era alborozo y el alegre repicar de las campanas llenaba el espacio de armoniosas cantinelas; eco sonoro y fiel de sentimientos no expresados.

Los Clarines de Domingo

Hacía mucho tiempo que la M. Luisa de los Dolores, electa Superiora Gral. el día diez de marzo de 1923, los venía escuchando, pero guardaba silencio. ¿Sería o no sería la voluntad de Dios que las Hnas. de la Caridad de Sta. Rosa se anexaran a la ínclita Orden del Patriarca Guzmán? ¡Cuántas veces, arrodillada a los pies de la Virgen Limeña, ésta parecía decirle: "Ya que me habéis escogido por Patrona; a mí, que llevo blanco sayal, por qué no lo lleváis también vosotras? ¡Oh! los ratos de agonía y de insomnio que este suave reproche le causó! Pero su humildad profunda le decía en voz muy alta: No hables. ¿Quién eres tú para intentar tal cosa? ¿Te crees acaso superior a las Rvdas. M. M. fundadoras, quienes no ambicionaron lo que tú? Es una temeridad. Y tan pocas Hnas., tan desprovistas de medios para hacer surgir la Congregación, ¿merecrán la pena de ser recibidas en Orden tan eximia?

Los clarines de Domingo preludiaron entonces más cercanos, y día llegó en que su suave música tornóse en melodias de tremendos acordes que ahogaron sus temores. Se apagaron entonces los reproches de su conciencia, se olvidó de sí misma, y ya no pudo callar.

"Quiero que figuréis entre mis filas, le gritaba Domingo de Guzmán; quiero que figuréis entre mis filas y Dios lo quiere conmigo".

Aquel gito la perseguía en todas partes y a todas

horas; sobre todo cuando arrodillada delante del Sagrario, se perdía en abismo de plegarias suplicantes y oración intensa.

Se decidió por fin consultar su atrevida idea con la Rvda. M. Julia, fundarora y Hna. muy querida suya, quien por aquel entonces era su súbdita y Superiora del Hospital de Rubio. Esta, dando prueba auténtica de que sólo ambicionaba la gloria de Dios y no la suya propia, vió en ello una gracia especialísima de la bondad divina. Dijo parecerle magnífica la idea y alentó en cuanto pudo a nuestra nunca bien encomiada Madre Luisa, quien era ya dominicana de corazón.

Sin perder un instante comunicó su ideal al Rvdo. P. José Mª Allegretti, insigne amigo de la Congregación, quien se prestó muy gustoso para iniciar los trámites necesarios.

Era lo que se proponían por supuesto, muy del agrado del Excmo. Sr. Arzobispo, quien estaba informado de todo y bendecía los esfuerzos que se hacían por hacer prosperar espiritualmente a nuestra humilde Congregación.

Dirigió pues, el Rvdo. P. Allegretti su primera carta a Roma, el 8 de octubre de 1923. Esta iba en carácter consultivo y exponía al Rvdmo. P. Gral. de la Orden Dominicana, Fr. Luis Theissling, las ardientes aspiraciones que abrigaban las Hnas. de Sta. Rosa de Lima venezolanas, al mismo tiempo que pedía informes sobre la manera de proceder para la consecución de tal fin. La contestación a esta carta se hizo esperar cuatro meses muy largos y llenos de angustia, pero llegó por fin plena de esperanzas alentadoras.

El P. Allegretti se presentó con ella un día, y tuvo la amabilidad de leerla él mismo en presencia de toda la Comunidad. Firmaba el Rvdo. P. Fr. Alberto Blat, O. P., Socio del Rvdmo. P. General. De manera muy cordial comunicaba la satisfacción con que éste último había recibido nuestra consulta. Nos proporcionaba al mismo tiempo los informes requeridos: debíamos, según ellos, añadir a nuestro título, la palabra Dominicas;

así mismo era necesario adoptar el hábito de las Hnas. Terciarias. Además, se debían modificar nuestras Constituciones y recitación del Oficio Parvo de la Sma. Virgen, según el rito dominicano.

Inmensa fué la alegría de todas las Hnas., ya que todas deseaban vivamente ser Hijas del gran Sto. Domingo. Se participó la nueva a las demás casas y resonaron aleluyas por todas partes. Era incomparablemente pródiga esta bendición del cielo.

El domingo de Resurrección del año 24, 20 de abril, El Excmo. Sr. Arzobispo pidió a Roma oficialmente el Diploma de afiliación a la egregia familia dominicana.

Un mes antes, y confiando ciegamente en la bondad divina, el P. Allegretti había escrito al Rvdo. P. Juan Fernández O. P., Superior de los R. R. P. P. Dominicos residenciados en Caracas, pidiéndole un ejemplar de Constituciones adaptables a nuestros climas y a los fines de la presunta Institución.

El Rvdo. P. Fernández remitió antes de lo que se esperaba, una copia de las que regulan la observancia de las Hnas. Dominicas Españolas de la Anunciata y basándose en ellas, se empezaron a redactar las nuestras. Sin embargo, como era trabajo ímprobo y necesitaba para su feliz éxito ser caldeado por sacrificios y oración, el Excmo. Sr. Arzobispo nos permitió usar las ya citadas mientras aquéllas se concluían.

El P. Allegretti no perdía tiempo. Pidió a Fr. Alberto Blat, O. P. en Roma, cuatro docenas de ejemplares de Oficios Parvos según el rito dominicano y encargó también a Europa lana blanca y negra para la confección de los nuevos hábitos. El modelo nos lo habían generosamente facilitado las Dominicas españolas. La toca y velo eran copia exacta de los que lucía la imagen de Sta. Rosa de Lima.

Anexión

Con fecha 29 de mayo de aquel mismo año llegó procedente del Colegio Angélico de Roma el Diploma de

Agregación a la Orden Dominicana, firmado por el Rvdo. P. Fr. Luis Theissling, Maestro General y Fr. Angélico Mª Terretti, Secretario.

Con profunda complacencia se fijaron nuestras Hnas. en el título que en él nos daban: Hermanas Dominicas de la Caridad de Sta. Rosa de Lima. ¡Qué hermoso! nombre! Nuestra Madre Luisa no sabía como agradecer tantas finezas divinas y no cesaba de inculcar a todas sus hijas su fervoroso espíritu de acción de gracias.

Era el deseo de todas vestir el blanco sayal de las Hijas de Domingo el 30 de agosto, mas estos buenos deseos se convirtieron en un imposible. La Congregación contaba alrededor de 40 Religiosas distribuidas en las Casas de Rubio, San Cristóbal, Trujillo y Mérida. Eran por lo tanto necesarios más de tres meses para que todo saliera de acuerdo con el elevado concepto que de aquella futura fecha se había formado el P. Allegretti. Todo le parecía poco para celebrar acto de tanta trascendencia, y decidió aplazarlo para el 7 de octubre, fiesta de Ntra. Sra. del Rosario. Así se le hizo saber a los presentes desde el púlpito en la festividad de la gloriosa Patrona de las Américas.

Vestición del Hábito Blanco

En el transcurso de la Historia que trato de bosquejar, quizá no hemos tropezado con momentos tan emocionantes y significativos como los que se acercan. Es verdad que la Erección Canónica fué como el faro luminoso que señaló la ruta, pero no es menos verídico que si no hubiera sido por nuestra afiliación a la Orden nívea del mejor de los Guzmanes, la ruta señalada hubiera quizá desaparecido paulatinamente y nuestro barquichuelo, sin rumbo fijo, se hubiera precipitado en el abismo de la nada sin poderse percibir la fulgurante estela que toda buena obra deja tras sí al pasar por la historia de los tiempos.

¡Amaneció por fin el ansiado 7 de octubre! Los cuarenta corazones enamorados del lema de la Verdad, palpitaban al unísono como movidos por un resorte má-

gico. El resorte de un acendrado amor a Ntra. Sma. Madre del Rosario y a todo lo dominicano.

Eran ya muchos los días que llevaba entre nosotros el Rvdo. P. Fr. Angel Cubeñas, de la residencia de Caracas. Había dirigido con incansable celo dos tandas de Ejercicios Espirituales después de los cuales se siguieron innúmeras pláticas e instrucciones sobre la vida, costumbres e ideales dominicanos. Su abnegación paternal nos llenaba de entusiasmo e impelía a amar más y más una Orden que maduraba tan opimos frutos.
Llenas así de tan altas miras, no era extraño que reinase tanta alegría en nuestras cinco residencias. Con toda solemnidad se celebró en cada una de ellas la vestición del tan deseado hábito. En Rubio presidió la ceremonia el Rvdo. P. Eloy Contreras; en San Cristóbal, el Excmo. Mons. Dr. Tomás Antonio Sanmiguel; en Trujillo, Mons. Estanislao Carrillo y en Mérida, el Excmo. Sr. Arzobispo Dr. Antonio Ramón Silva.

Diré algunas palabras sobre la que tuvo lugar en nuestra Casa Madre:

Todas nuestras Hnas. salieron a la Capilla vestidas aún con el negro hábito que hasta entonces venían usando y con el cual habían pasado por tantas pruebas y sinsabores y también por tantas alegrías. En presencia del Excmo. Sr. Arzobispo, del Vble. Capítulo Metropolitano y de la muchedumbre que la curiosidad y piedad habían atraído, respondieron en alta e inteligible voz a las preguntas que el Prelado les hiciera. Acto seguido, desaparecieron, cruzando las oscuras baldosas del presbiterio, por la puerta abierta en la reja que comunicaba con el interior. Pasaron unos instantes de suprema expectación. Un silencio profundo invadía el Santuario turbado tan sólo por los acordes del órgano que vibraban con penetrante misticismo, cuando asomaron nuestras Hnas. vestidas de blanco en el umbral de la misma puerta por donde pocos momentos antes habían desaparecido.

Los allí presentes no pudieron evitar el dejar escapar exclamaciones de asombro y admiración. Cuenta una de las Rvdas. Madres que se encontraba presente, que hubo quien levantara la voz para decir: ¡Bendito sea Dios!

En verdad, no se podía comparar la pureza que irradiaba el hábito blanco con la severidad que emanaba del anterior. Arrodilladas de nuevo delante del Altar, semejaban bandada de palomas a los pies del Sagrario. La gente miraba extasiada sin desviar un instante la atención de la ceremonia. Llevando ya puesta la inmaculada coraza de la milicia dominicana, renovaron todas sus votos a una voz y después de breve espacio de tiempo en que se revestía Mons. empezó la Misa Pontifical. Todo respiraba solemnidad.

Cantado el Evangelio, y después que el P. Dubuc hubo hecho derroche de su oratoria en exquisito sermón adaptado a las circunstancias leyó él mismo, en tono lleno de emoción, primero, el Diploma de Afiliación a la Orden Dominicana y en seguida el Decreto del Excmo. Señor Arzobispo en el cual ordenaba a todos los Hijos de la Arquidiócesis de Mérida, reconocer a las Hnas. de Sta. Rosa de Lima, como legítimas Hijas de Sto. Domingo de Guzmán. El eco de sus palabras resonó en todos los ámbitos de la risueña Capilla y una sonrisa de aprobación fulguró en todos los semblantes.

Nuestra Congregación acababa de renacer por un bautismo de gracias singularísimas que, sin merecerlo nosotras, el Dios de las Misericordias nos había regalado.

Fué aquel, a mi pobre parecer, el momento cumbre de nuestra Historia.

Por orden del Excmo. Sr. Arzobispo, se siguió aquel día en todas las casas, el mismo Ceremonial. Me haría interminable para los que tengan la amabilidad de leer estas líneas, si tratase aquí de describir la misma ceremonia en los distintos lugares. Quiero empero, añadir que en San Cristóbal se efectuó el acto en la Sta. I. Catedral y que la ceremonia, en vista del espíritu entusiasta y progresista que caracteriza a los habitantes de la capital del Táchira, revistió una suntuosidad singular. Era gracioso ver como, terminada la ceremonia, apenas dejaban salir a nuestras Hermanas del recinto sagrado. Todos querían observarlas de cerca y besar por primera vez, no digo ya el santo escapulario, sino

también el hábito. Por doquiera se oía la misma petición: ¡La bendición, Hermanita. La bendición, Hermanita! y allá te va un beso largo y sonoro en el que parecían absorver con toda el alma su propia dicha .

Al fin y después de dar cuantas indulgencias se les pedía, sin que por eso se agotara la munificencia de los escapularios benditos, llegaron al Asilo de Huérfanos de San Antonio. El hábito, poco antes inmaculado en su blancura, había dejado de serlo en parte a fuerza de besos y estrujones.

El resto de aquel día, según se sabe por correspondencia conservada en el Archivo, fué un verdadero diluvio de felicitaciones y parabienes. La alegría era casi completa y a medida que avanzaban las horas, muy al contrario de lo que sucede en las fiestas mundanas, este contento espiritual, se hacía más intenso.

En su pequeña celda y quizá por primera vez después de mucho tiempo, durmió aquella noche sin interrupción Ntra. abnegada M. Luisa. Era el sueño tranquilo de quien todo lo sacrificaba por cumplir la voluntad del Dios que ama.

Constituciones.

No tardó la M. Luisa en empezar a trabajar con todo el ardor de su nobleza por el bienestar del rebañito que tan sublime metamorfosis había sufrido.

En el año 1925 convocó el Primer Capítulo General. Idea sugerida más que todo por la humildad que la hacía tan atractiva. Anhelaba ella en lo íntimo de su alma, ser la última de todas y jamás soñó que los años que le restaban de vida serían mudos pero elocuentes ensalzadores de su virtud.

En efecto, en este Primer Capítulo fué electa Superiora General por unanimidad de votos. Anonadada ante aquel inesperado proceder, su sencillez y rectitud de obrar le aconsejaron bajase la cabeza resignada y así lo hizo.

Empezó inmediatamente a hacer diligencias para proceder a seguir la redacción de nuestras Constituciones; escribió al Rvdo. P. Fr. Enrique Báez, O. P. en Colombia, solicitando un ejemplar de las que rigen a las Dominicas Terciarias de Bogotá. Con verdadera caridad fraterna hicieron suya la causa de sus Hermanas estos buenos Padres, y valiéndose el P. Báez de la respectiva Superiora, no tardó en remitirle el ejemplar que tanto anhelaba.

Según opinión de nuestras Hnas. mayores, las de la Anunciata, o sea las de las Hnas. españolas, parecían adaptarse mejor al medio. Había, sin embargo, que hacer modificaciones de alguna consideración, y se hacía necesaria una persona entendida en el asunto. ¿A quién acudir entonces? Quizá no costó mucho a N. M. Luisa resolver el problema. Un rayo de luz cruzó su imaginación y a sus claridades divinas distinguió la paternal y noble figura del Rvdo. P. Fr. Antonio Mª Sierra. Sí; estaba segura que él se prestaría gustoso a ayudarla en tan ardua tarea. Conocía muy bien su generosidad para conjeturar lo contrario. A él, pues, escribiría confiada.

Estaba todo muy bien pensado. No se hizo repetir la humilde súplica el P. Sierra, quien a la sazón era Superior del Colegio "La Inmaculada" en la ciudad de Rubio. Su amor inmenso por todo lo de la Orden, le hacía fácil lo que en realidad no dejaba de presentar algunas dificultades. A fin de facilitarse el trabajo, se tomó la amabilidad de venir a esta ciudad por una corta temporada. Ntra. M. Luisa pasó también en Rubio algún tiempo, a pesar de que, ya por aquel entonces, empezaba a sentir quebrantos de salud.

Fueron innumerables las cartas que se cruzaron entre nuestras queridas M. M. Julia y Luisa referentes a las Constituciones. La humildad de esta última no le permitía seguirse por su propio juicio en asunto de tanta trascendencia. Consultaba, no solamente con ella, sino con las R. R. M. M. María del Sgdo. Corazón de Jesus e Isabel de San José, quienes solían por cierto darle muy precisas y valiosas orientaciones.

Un Pastor que se va y otro que llega.

Llegadas a este estado las cosas, se agravó el estado delicado de salud de nuestro amable y santo fundador, el Excmo. Mons. Dr. Antonio Ramón Silva.

Ntra. M. Luisa y las Hnas. todas, presintieron un desenlace fatal y no omitieron esfuerzo alguno para arrebatar del corazón de Dios, la gracia inmensa de unos años más de vida. Junto a su lecho pasaron sus últimos días teniendo a gran honor cada una, el poderle prestar algún servicio en aquellos momentos de tristeza íntima. Era tanto lo que le debían!

Más su hora era llegada y las oraciones de nuestras Hnas. se tuvieron que conformar con hacerle la corte en el postrer instante. El día 1 de agosto de 1927, su alma virtuosa y hermosamente sensible, rompió las ligaduras que durante 77 años, le comunicaron a su semblante tanta dulzura y nobleza tanta.

Pero Dios, el Dios de las Divinas Misericordias, hizo surgir ante los corazones oprimidos que lo lloraban, la patriarcal figura, recta y bondadosa, del Excmo. y Rvdmo. Mons. Dr. Acacio Chacón.

Un Pastor que se va y otro que llega. ¿Habrá alguna diferencia? Poco importa el que la haya o no la haya. Tiene este último, como el anterior, el sello de Cristo sobre su frente, y de él brota el torrente de las divinas gracias que nos vivifican.

Bien supieron comprender nuestras Hnas. esta doctrina y paulatinamente se fueron enjugando las lágrimas que poco antes se derramaran con tanta abundancia.

Consagrado Arzobispo muy digno de la Arquidiócesis de Mérida el 29 de agosto de 1926, "el alma de los vastos horizontes" de Mons. Chacón, siguió naciendo para nosotras las veces de verdadero Padre; de un Padre que hace suyas las tristezas y alegrías de sus Hijas.

Aprobación de las constituciones y muerte de Ntra. Madre Luisa

Después de varios meses de incesante estudio y oración continua, figurando a la cabeza de todo sacrificio el Padre Sierra, a quien llamaremos siempre con especial afecto "Hermano nuestro", se terminaron de redactar las Constituciones. Revisadas y aprobadas por Mons. Chacón, fueron luego enviadas a la capital para ser impresas.

Mientras tanto la salud de N. Madre Luisa, en quien se vislumbraba desde algún tiempo dolor y cansancio físico a través de ardorosa actividad, iba de mal en peor a pasos agigantados. Se le había declarado un cáncer interno que la hacía padecer horriblemente. El buen Dios le comunicó gracia suficiente para sufrirlo todo con la más sublime y edificante de las resignaciones. En último esfuerzo para prolongar la vida a tan preciada joya, los Superiores ordenaron un viaje de salud a Caracas. Pudiera ser que alguna eminencia médica de aquel centro le volviera la salud perdida.

Partió sumisa con intenso dolor de las Hijas que dejaba quizá para no vorverlas a ver ya más acá en la tierra. Pero no; cuando Dios ha fijado su mirada de infinito amor sobre un alma privilegiada, considerándola apta para vivir entre los ángeles, no hay poder ni sabiduría humanos que le impidan el llevarla allá. Las Hnas que con ella habían partido llenas de esperanzas, regresaron con su preciosa carga sin ninguna perspectiva de posible mejoramiento. El viaje había sido inútil y así lo comprendía ella. No le quedaba otra cosa que hacer sino confeccionar con singular maestría, el regio vestido de sus bodas próximas.

Desde aquel regreso, un silencio profundo invadió todo el claustro y los corazones se sintieron atenazados por el pensamiento de aquella muerte inevitable y cierta. Durante los últimos días de su martirio lento, tuvo la honda satisfacción de recibir el primer ejemplar de las Constituciones que tantos desvelos le habían costado.

—¡Oh!, dijo en voz apenas perceptible, ¡cómo desearía vivir unos días más para verlas cumplidas!

Estos días más no se los concedió el Señor y el 29 de junio, corriendo el año de 1930, le fué administrado el Sacramento de la Extrema Unción por el Excmo. Sr. Arzobispo, Mons. Chacón, quien profesaba sincero cariño a un alma tan blanca. Diez días después volaba a refugiarse en los brazos de la Justicia Misma, con toda la confianza de un corazón que ha sabido enderezar hasta el último de sus pasos, hacia la cumbre de la más sublime caridad cristiana.

Durante los días que siguieron a su preciosa muerte nuestras Hnas. se extrañaron inmensamente de que no sintieran sus filiales corazones, tristezas y vacíos horribles como se lo habían imaginado.

Era que el espíritu de Ntra. inolvidable Madre Luisa se escondía entre los pliegues de cada hábito blanco; rezaba en cada salmodia del Oficio Parvo Dominicano; emanaba de cada capítulo de las Constituciones.

Ese espíritu que así vibraba en todas las cosas como nota salida de los labios de Dios, vibra aún y vibrará por siempre en nuestras almas.

1930 - 1940

En el transcurso de estos diez años, se llevaron a cabo las fundaciones del Hospital "San Antonio" de La Grita, (1930) y Hospital "San José" de Tovar (1931); Colegio "Ntra. Sra. del Rosario" de Rubio (1931), Colegio "Sta. Rosa de Lima", de la Grita (1932) y Colegio "Ntra. Sra. del Nosario", Boconó (1938).

Al evocar tantos recuerdos como sin esfuerzo alguno se nos vienen a la memoria al pronunciar estos nombres, se destacan entre ellos el de las personalidades de sus tres fundadoras. Muy distintas, es verdad, en su fisonomía moral pero muy parecidas sin embargo en el celo que desplegaron cuando se trató de hacer surgir nuestra humilde Congregación y dar a Dios con ello la mayor gloria. Son: Ntra. M. Isabel de San José,

Ntra. M. Gertrudis de la Visitación y Sor María del Sgdo. Corazón de Jesús.

Esta última, encargada del Vicariato Gral. a la muerte de Ntra. M. Luisa, llevó a efecto con singular temple de alma las fundaciones de los Hospitales de La Grita y de Tovar. Fueron muchos y muy diversos los contratiempos que el enemigo del bien le presentó pero Sor María, recordando las palabras de Ntro. Señor: Buscad primero el reino de Dios y su justicia y lo demás se os dará por añadidura, no volvió atrás un solo paso.

Dios había preparado corazones nobles que salieran al encuentro del suyo tan valientemente audaz. En La Grita, los Rvdos. P. P. Teodosio Sandoval y Melesio García: l as insignes matronas Ernestina de Gandica, Inés de Lara, Cristina de Calderón; la Srta. Fidelia Quintero y otras, supieron prestar su brazo para luchar abiertamente por la causa de Dios. En Tovar hicieron igual cosa el Rvdo. P. Eliseo Moreno, insigne amigo de la Congregación; la Sra. Inés de Lara, promotora de la Obra; las Sras. Ada de Matute, Pepita de Burguera y otras; las Srtas. Pepita y Aurora Moreno, Josefa Burguera, Mercedes y Teófila Nucete, Aída Chitraro y Eva y Lucinda Molina.

Dios sabrá recompensar y estamos seguras ya lo ha hecho con creces, la magnanimidad y desinterés con que se concretaron a servir a Cristo en sus pobres y enfermos.

Viene en segundo término Ntra. M. Isabel de San José cuarta Sup. Gral. Su espíritu desbordante de entusiasmo por todo lo que se relaciona con el bien de las almas, vivirá por siempre como uno de nuestros más caros recuerdos. La "dinámica Madre Isabel", como la llamara un buen amigo, no omitía sacrificio alguno para dar a conocer a Cristo. Bajo su Generalato tuvieron lugar las fundaciones de los Colegios de Rubio y La Grita. Se distinguió siempre por el gran amor que profesó al culto divino, sobre t odo al canto sagrado, que tanto atractivo suele comunicar a los actos piadosos. Sus deseos de trabajar por Dios eran colosales, pero la cruel enfermedad que la minaba puso muy estrechos límites a sus

santas ambiciones. Murió a la edad de 65 años, víctima también de intensos dolores. Durante sus últimos días, dictó prácticamente, un hermoso tratado de paciencia y resignación cristianas.

El honor a la verdad debido, no me permite seguir adelante sin poner de relieve la grandeza de alma de que dieron tan sublimes muestras en la fundación del Colegio de Rubio, nuestros Hermanos, los Rvdos. P.P. Fr. Angélico Báez, Fr. Luis Vega y Fr. Jacinto Zamora.

Este último, quizá recordando el fraternal cariño que Ntro. P. Sto. Domingo mostrara a las monjitas de Sta. Sabina en Roma, quiso varias veces salir a pedir de casa en casa algún objeto de urgente necesidad para sus Hermanas, quienes no sabrán jamás cómo agradecer tanta delicadeza.

Las Sras. Ramoncita de Febres Cordero y Aurora de Contreras, merecen también palabras de verdadero encomio por el contingente prestado con amabilidad sin límites.

Ntra. M. Gertrudis de la Visitación, quinta Superiora General de nuestra Congregación, extendió su campo de acción hasta el pintoresco Boconó. El Colegio de "Ntra. Sra. del Rosario" se irguió entre sus cañadas y arboledas bendiciéndolas y haciendo llegar a sus hogares las notas de un cántico nuevo; el cántico del estudio ennoblecido por el contacto íntimo con la práctica de las virtudes cristianas.

Un grupo de cultas damas encabezado por la Sra. Mercedes de Berti, colaboraron con nuestras Hnas. en esta fundación dejando así traslucir su hermosa catolicidad.

Se presentaron mil inconvenientes y contratiempos; entre ellos una epidemia de viruela entre las niñas del servicio interno que cortó toda comunicación con las personas de afuera, impidiendo la matrícula de un mayor número de niñas y ocasionando dos mudanzas para evitar contagio.

Ntra. M. Gertrudis, y las Hnas. que la acompañaban supieron conducirse como verdaderas esposas de Jesucris-

to, soportando ésta y otras pruebas con admirable serenidad y fortaleza de alma hasta dejar establecido y marchando con perfecta regularidad, el plantel consagrado a Ntra. Sra. del Rosario.

Para cerrar con nota brillante y de sutil belleza moral este número de actos que atrajeron bendiciones innúmeras sobre el nuevo Instituto, haré mención del Rvdo. P. Vicente Valera. A su celo apostólico debemos el tener en tan importante centro, una de nuestras Casas. Su actividad a nuestro favor durante la primera temporada, fué la que pudiera desplegar un verdadero padre para con su hijas en iguales circunstancias. Más tarde, cuando se trató de levantar un edificio para nuestro Pensionado, que hiciera honor a la ciudad de Boconó, tuvo él en ello, y con desinterés rara vez igualado, la mayor parte de sacrificios. Dirigió la obra durante el tiempo que permaneció de Vicario, y aun después que la obediencia le ordenó marchar a otro lugar continuó prestándonos invaluable ayuda por medio de consejos y orientaciones.

Conclusión.

Acabáis de oír la última nota de mi pobre melodía. Melodía que escribí gustosa para cumplir una ordenación del Capítulo General celebrado en nuestra Casa Generalicia de Mérida y cuya inauguración tuvo lugar el 3 de setiembre de 1940.

Al releer la narración escrita recibí una sorpresa desagradable. Pretendí pintar con los más vivos colores las escenas de encantadora sencillez que forman su primera página; traté de hacer resaltar las raras virtudes que adornaron a nuestras amadas fundadoras y primeras Hermanas; quise saturar cada una de mis palabras con delicado aroma de gratitud para todas aquellas personas que nos tendieron mano amiga en los principios; pero ni logré los matices que al cuadro eran debidos; ni alcancé donar a mis Hermanas lo merecido; ni mucho menos supe trasmitir al papel los sentimientos que el corazón alberga. Confieso humillada, haber trazado apenas una poco agraciada caricatura.

No importa. Día llegará en que el Buen Dios que no escatima glorias a los que por la suya de sacrificarse hubieron, sabrá suplir lo que a mis datos falta.

Esperando esa hora, nuestro barquichuelo sigue navegando y se adentra cada vez más en el mar de actividades que reclaman las almas por Cristo redimidas.

Hendiendo gigantescas olas, su tripulación alcanza a vislumbrar en lejano horizonte un nimbo de luz. A su través se yergue imponente y majestuosa, la cúpula de San Pedro.

Mientras tanto; mientras llegamos a tan deseada playa, con el corazón de rodillas y los ojos fijos en Aquel cuya bendición nos acompaña desde el principio, esperamos confiadas, el arribo.

Sí, confiadas. ¿Por qué no? Los cimientos de nuestra Congregación fueron echados sobre la roca dura de la tribulación y según el Evangelio, subsistirá.

La palabra de Cristo ha de cumplirse.

¡Ave María!



I N D I C E

Casas de la Congregación al publicarse estos Datos:

NOMBRE	LUGAR	AÑO DE FUNDACION
1 - Asilo «San Juan de Dios»	*MERIDA*	*1900*
2 - Asilo «San Antonio»	*San Cristóbal*	*1904*
3 - Hospital «Padre Justo»	*Rubio*	*1904*
4 - Asilo «Reverend»	*Trujillo*	*1917*
5 - Casa «San José de la Sierra»	*Mérida*	*1918*
6 - Hospital «San Antonio»	*La Grita*	*1930*
7 - Hospital «San José»	*Tovar*	*1931*
8 - Colegio «Ntra. Sra. del Rosario»	*Rubio*	*1931*
9 - Colegio «Sta. Rosa de Lima»	*La Grita*	*1932*
10 - Hospital «Los Andes»	*Mérida*	*1936*
11 - Colegio «Ntra. Sra. del Rosario»	*Boconó*	*1938*
12 - Instituto «Coromoto»	*San Cristóbal*	*1941*
13 - Colegio «Santa Catalina de Sena»	*Carora*	*1944*
14 - Betania de la Virgen de Coromoto.	*San Juan*	*1944*

Editorial «Multicolor»

Mérida. (Venezuela)